



# LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO -

## EVANGELINA.

POEMA DE H. W. LONGFELLOW,

TRADUCIDO DIRECTAMENTE DEL INGLÉS

POR D. JUAN DE IZAGUIRRE.

—¿Gabriel Lajeunesse?— decían otros. —¡Oh, sí! le hemos visto. Es un viajero que anda por las tierras bajas de la Luisiana.

Y solían añadir:

—Queda niña, ¿por qué soñar y aguardarle más largo tiempo? ¿No hay otros jóvenes tan guapos como Gabriel; otros de corazón tan tierno y recto y de espíritu tan leal? Ahí está Bautista Leblanc, el hijo del notario, que te ha amado ansioso más de un año; dale tu mano y sé feliz. Tú eres demasiado hermosa para peinar las trenzas de Santa Catalina.

Evangelina solía contestar, serena pero tristemente:

—¡No puedo! Con quién se fué mi corazón irá mi mano; no á ninguna otra parte; porque cuando el corazón va por delante, como una lámpara, é ilumina el sendero, se aclaran muchas cosas que yacen escondidas en la oscuridad.

A lo cual el sacerdote, su amigo y confesor, decía sonriendo:

—¡Oh hija! Tu Dios parece que habla dentro de ti. No hay afecto perdido; el afecto nunca se pierde, sino que enriquece el corazón, volviendo sus aguas á su fuente como lluvia que la llena hasta el borde de frescura; lo que la fuente despide de sí vuelve otra vez á ella. ¡Paciencia; cumple tu mision, cumple tu obra de afecto! El pesar y el silencio son fuertes, y el sufrimiento resignado se parece á la divinidad. Lleva, pues, á cabo tu amorosa tarea, hasta que el corazón se divinice, se purifique, fortalezca y perfeccione, haciéndose más digno del cielo.

Animada por las palabras del buen hombre, Evangelina sufría y aguardaba. Siempre en su corazón oía el fúnebre canto del Océano, pero con su sonido se mezclaba una voz que susurraba: «¡No desesperes!»

Así aquella pobre alma vagaba sin consuelo ni



Se os acerca hoy por orden de S. M.

alegría, ensangrentada, descalza, sobre las espigas y guijarras de la existencia.

Déjame intentar ¡oh Musa! seguir las pisadas de la peregrina, no por sendas desviadas, año tras año de su vana existencia, sino como el viajero sigue el curso del arroyuelo por un valle, alejándose á veces de sus márgenes y viendo brillar sus aguas acá y acullá, á intervalos en algún espacio abierto, y á veces acercándose á sus orillas por entre las oscuridades de la selva que se le ocultan, donde si bien no alcanza á verlo puede oír su continuo murmullo, de cuya manera logra al fin encontrar dichosamente la salida.

## II.

Era el mes de Mayo. Abajo, muy abajo, en el precioso río, más allá de las márgenes de Ohio y la desembocadura del Wabash, en la domala corriente del ancho y rápido Mississippi, flotaba una pesada barca impulsada á remo por bateiros acadianos. Era un peloton de desterrados, una especie de balsa del naufrago pueblo diseminado á lo largo de la costa, que ahora juntos navegaban unidos por los lazos de creencia y desgracia comunes; hombres, mujeres y niños, que guiados por la sola esperanza ó por un instinto, iban buscando á sus parientes y amigos por las praderas de la hermosa Opelousas.

En ellos iba Evangelina y su guía el Padre Feliciano. Siempre adelante por entre luadillos arenales y por entre silvestres soledades umbrías, un día y otro deslizáronse sobre el turbulento río; una y otra noche acamparon á sus márgenes con brillantes fogatas. Ora en rápidas caídas, por entre vortices blancos donde plumíferos algodones mecian sus sombríos penachos, marchaban armatruados por la corriente; ora entraban en anchas lagunas donde barras de plateada arena cortaban las aguas y donde á lo largo de las rizadas olas de sus márgenes vadeaban inmensas bandadas de pelicanos de nevadas plumas relucientes. Levantábase luego en suave declive el paisaje, y festoneando el río volábase en el centro de frondosos jardines alzarse las casas de los hacendados y sus balios.

Se iban acercando á la región donde reina perpétuo verano, donde por entre doradas márgenes y bosques de naranjos y limoneros tuercen majestuosamente su curso el río hacia el Este. Tambien ellos se desviaron de su curso y entraron en el Bayou de Plaquemine, perdiéndose pronto por entre enterañado laberinto de aguas tortuosas y pesadas, que cual acerada red se extendía en todas direcciones. Por cima de sus cabezas las ruinas encumbradas y oscuras de los cipreses se unían en sombríos arcos, y colgantes de mugo al aire se balanceaban como las banderas que cuelgan de los muros de las antiguas catedrales. Silencio sepulcral parecía el que allí reinaba, sólo interrumpido por las garzas que al ponerse el sol volaban á sus nidos formados en los cuadros, ó por las lechuzas al saludar con diabólica risa á la luna. Grata era la luz de la luna titilando en el agua; sus reflejos brillaban en las columnas de cedros y cipreses que sostenían los arcos, y por entre sus bóvedas se difundía cual por entre las grietas de arruinadas construc-

ciones fantásticas. Cuanto rodeaba á los viajeros era extraño; por sus espíritus se esparcía un sentimiento de asombro y melancolía, tristes presagios de desgracia imposibles de ver ni apreciar. Como cuando al oír la pisada del casco del caballo sobre el césped de las praderas, se apresuran á cerrarse las hojas de la encogida mimosa, así á los golpes del destino, con tristes presagios se oprime y cierra el corazón ántes que su campanada fatal le haya alcanzado.

Para el corazón de Evangelina lo sostenía una visión que débilmente flotaba ante sus ojos y la llamaba por entre los rayos de la luna. Era el pensamiento de su cerebro que tomaba la forma de un fantasma. Por entre aquellas umbrías naves, que Gabriel había recorrido ántes que ella, cada golpe de remo la acercaba más y más á él.

En esto, sobre la proa de la barca alzóse uno de los remeros, y como señal, por si otros como ellos navegaban tambien acaso por aquellas corrientes tenebrosas cual la noche, tocó su cuerno. Salvaje resonó por entre las oscuras columnatas y galerías de hojas, rompiendo el sello del silencio y dando veces á la selva.

Las dormidas banderolas de nansgo inmediatamente se despertaron á la música.

Se despertaron los múltiples ecos, y murieron en lentanza sobre la haz de las aguas y por entre las reverberantes ramas; pero ni una sola voz contestó, ni vióse respuesta alguna en la oscuridad; cuando los ecos cesaron, el silencio fué como un sentimiento de dolor.

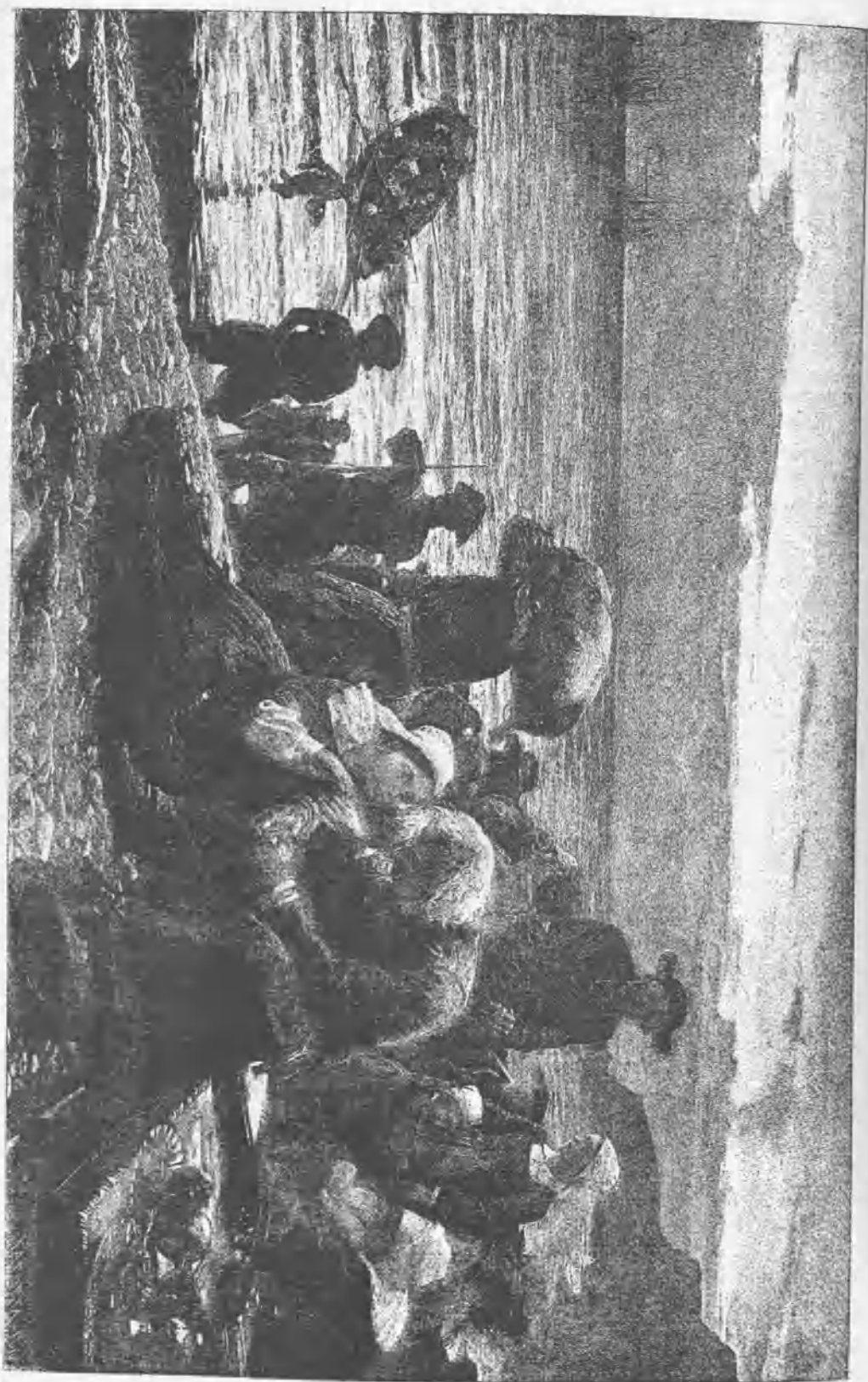
Evangelina dormía á la sazón, los bateiros remaban durante la noche, mas veces callados, y otras entonando canciones populares de Acadia, como las que de antiguo se cantaban en sus natales rios. Y en medio de la noche se oían los ruidos misteriosos del desierto, lejanos, apenas perceptibles, como de agua ó de viento en la selva, mezclados con el graznido de la grulla y el llanto del horrendo cocodrilo.

Navegando de este modo, al otro día pudieron salir de aquellas sombras, y ante si tuvieron, bañados por el dorado sol, los lagos del Atchafalaya.

Millares de ninfas se balanceaban á las ligeras ondulaciones que los remos formaban al pasar, y, resplandeciente de hermosura, alzaba el loto su dorada corona por encima de los remeros. Perfumaba la atmósfera el ambiente odorífero de los ramos de magnolias; el calor del mediodía é innumerables islas fragrantemente aprisionadas con floridas vallados de rosas, junto á cuyas costas se deslizaban los viajeros, los invitaban á dormir. Pronto en las aguas de la más hermosa de estas islas se detuvieron sus remos fatigados.

Bajo las ramas de los sauces de Wachita, que crecían á la orilla, atracaron seguro el barco, y desparcados por el césped, rendidos en su terna nocturnia, los cansados viajeros se entregaron al sueño.

Sobre ellos, en vasto espacio, extendía un cedro su dilatada copa. Balanceábanse pendientes de sus ramas la flor del cáliz y la para, colgando de lo alto su escala de pámpanos, por donde los ligeros pájaros-moscos bajaban revoloteando de flor en flor, como por la



*Myrsophina se bañaba seruida con su padre.*

escala de Jacob subían los ángeles. Tal fué precisamente la vision que tuvo en sueños Evangelina, cuando debajo se quedó dormida. Rebosaba de amor su corazón, y un luminoso albor de cielo entreabierto alumbraba su alma dormida con la gloria de las regiones celestes.

Mientras, cada vez más cerca, por entre las innumerables islas, un bote ligero y veloz volaba sobre las aguas impulsado en su curso por los fermidos brazos de cazadores y tramperos. Dirigía su proa hacia el Norte, á la tierra del bisonte y el castor. En el timon iba sentado un jóven de rostro pensativo y gastado por los afanes. Oscuras y descuidadas melenas sombreaban su frente, y más tristeza de la que á sus años cuadraba leíase claramente en su rostro. Era Gabriel; que, cansado de esperar, desgraciado é inquieto, buscaba en los desiertos del Oeste olvido de sí mismo y de sus penas. Deslizáronse velozmente al saucire de la isla por la orilla opuesta, y tras una pantalla de palmeras, de tal modo, que no vieron el bote que estaba oculto entre los sauces. Sin que los portarbase el golpear de los remos ni los viesen siquiera, siguieron los dormidos; no hubo Ángel de Dios que despertase á la soñolienta doncella.

Deslizáronse los otros veloces cual sombra de una nube por la pradera.

Después que el sonido de sus remos murió en los tóletes á gran distancia, como por magia, los dormidos se despertaron; y la jóven dijo, con un suspiro, al benévolo sacerdote:

— ¡Oh padre Feliciano! algo en mi corazón me dice que Gabriel está cerca de mí. ¿Será sueño loco, vaga superstición, ó quizás ha pasado algun ángel y revelado la verdad á mi espíritu? — Luego, avergonzándose, añadió: — ¿Qué imaginacion tan crédula la mía! En oídos como los vuestros nada significan tales palabras.

Pero el reverendo le contestó sonriéndose:

— ¡Hija mía, tus palabras no son vanas, ni para mí dejan de tener significado! Cuando el sentimiento es profundo y tranquilo, la palabra que flota sobre su superficie es como una boya que se vece denunciando el ancla que oculta. Confía, pues, en tu corazón y en eso que el mundo llama ilusiones. Gabriel, en efecto, debe andar cerca de tí, y no muy léjos hacia el Sur. En las márgenes del Teche están las ciudades de San Mauro y San Martín. Allí el pájaro tanto tiempo peregrino se entregará otra vez á su prometeda; allí el tan ausente pastor recobrará su rebaño y su arisco. Aquella tierra es hermosa, con sus prados y bosques de frutales, el suelo un jardín de flores, y enémas el más azul de los cielos, descansando su bóveda celeste en las paredes de la selva. Los que allí viven la han llamado el Eden de la Luisiana.

Y con estas alegres palabras se levantaron y siguieron su viaje. Suave llegó la tarde. El sol, desde el horizonte occidental, extendió mágicamente su raza dorada por el paisaje; alzáronse temblorosos vapores, y cielo y agua y selva á su conjuro, parecían abrazarse todos en fuego mezclados entre sí. El barco, como una nube de plateados bordes suspendida entre dos cielos, flotaba con sus remos goteando so-

bre la inmóvil agua. El corazón de Evangelina estaba lleno de indecible dulzura. Tocadas por el mágico hechizo las sagradas fuentes de la pasión, ardían también con la llama del amor como los cielos y el agua que la rodeaban. Y entónces de un cercano bosque, el sinsonte, el más audaz de los pájaros canoros, meciéndose sobre la espuma que formaba un sauco doblado sobre el agua, derramó de su gargantilla tales torrentes de deliciosa música, que la atmósfera entera y el bosque y las olas parecieron acullarse para dirle. Primero fueron quejumbrosos y melancólicos sus sonidos; después, remontándose hasta el delirio, como canto de frenética bacanal; luego notas sueltas de lamentación triste y sorda, y por último, reuniéndolas todas, las lanzó barlontanamente al espacio, como cuando después de la tempestad, una ráfaga de viento estreñece las copas de los árboles haciendo caer la rechinante lluvia en aguacero cristalino sobre las ramas. Con un prelude semejante, palpitando de emoción los corazones, lentamente entraron en el Teche por donde éste corre por la verde opelousas; y allí, en el aire ambarino, por encima de la cresta de la arboleda, vieron una columna de humo que se alzaba de edificio vecino, y oyeron sonidos de un horno y lejano rugir de gamelos.

### III.

Próxima al río, sombreada por enémas, de cuyas ramas pendían meciéndose guiraldos de musgo y de místicos anéhdagos, como aquellos que los Druidas cortaban con dorados cuchillos en los tiempos de Yute, alzábase solitaria y tranquila, la casa del ganadero. Circundábala un frondoso jardín, que inundaba de fragancia la atmósfera. La casa, propiamente dicha, estaba construida de vigas de ciprés, primerosamente combinadas. Su techumbre era grande y abierta sobre ligeras columnas, donde rosales y vides se enredaban, descansaba el ancho y espacioso alero que rodeaba toda la casa, y en el cual el sinsonte y la abeja habían sentado sus reales.

Á cada extremo, entre las flores del jardín, alzábanse los palomares, símbolo perpétuo del amor, con sus interminables escenas de galanteos y rivalidades.

El silencio reinaba por doquiera. La línea de la sombra llegaba hasta cerca de la copa de los árboles; la casa, propiamente dicha, quedaba en la sombra, y de lo alto de su chimenea subía ascendiendo, poco á poco, fundiéndose en la atmósfera vespertina, tenue columna de humo. Detrás de la casa, desde la puerta del jardín, corría un sendero por entre los grandes grupos de enémas hacia el confín de la ilimitada pradera, sobre cuyo mar de flores descendía lentamente el sol.

En medio de su estela luminosa, como buque con las oscuras velas, pendiendo láncias de sus vergas en la calma inmutable de los trópicos, alzabase un grupo de árboles, cuya aparejada arboladura era parras ó vides.

Justamente donde la arboleda se encontraba con el florido mar de la pradera, hallábase á caballo, con silla y estribos españoles, un ganadero vestido con

polainas y chaqueta de piel de venado. Ancha y tostada era la cara, que por bajo de las alas del sombrero español contemplaba con señorial mirada el pacífico cuadro. En torno suyo había innumerables manadas de vacas, pastando tranquilamente en las praderas, y aspirando el fresco vapor que emanaba

del río y se esparcía por todo el paisaje. Levantando con calma el cuerno que pendía á su costado, y dilatando su ancho y profundo pecho, dió un toque que resonó agreste y dulce, y llevó muy léjos la tranquila y húmeda atmósfera de la tarde. En seguida se alzaron de entre la hierba los largos y blan-



Hermosa y joven era.

cos cuernos del ganado, como copos de espuma sobre las corrientes encontradas del Océano. Miraron un momento silenciosos; luego, mugiendo, lanzáronse por la pradera, y á poco toda aquella masa se convirtió en nube y en sombra á gran distancia.

Después, volviendo á su casa el ganadero, vió en la pueria del jardín el grupo del sacerdote y la don-

cella que se adelantaban á su encuentro. Desmontóse inmediatamente, sorprendido, y adelantóse con los brazos abiertos y exclamaciones de maravilla. Cuando vieron su cara reconocieron al herrero Basilio.

(Se continuará.)

VIAJES EXTRAORDINARIOS LAUREADOS POR LA ACADEMIA FRANCESA.

# EL ARCHIPIÉLAGO DE FUEGO,

POR JULIO VERNE.

TRADUCCION DE ALFREDO GARCIA LOPEZ.

Enrique d'Albaret, teniente de navío de la marina real, uno de los oficiales más jóvenes en su graduación y que disfrutaba de licencia ilimitada, se alistó desde el principio de la guerra en las filas de los simpatizadores franceses de Grecia. Tenía veintinueve años, era de regular estatura, de robusta constitución, que le hacía muy apto para soportar las fatigas de la profesión de marino, y por la distinción de su persona, la elegancia de sus maneras, la franqueza de su mirada, el encanto de su rostro y la bondad de su carácter, inspiraba desde el primer momento una simpatía que la intinidad debía acrecentar.

Enrique d'Albaret era miembro de una rica familia de origen parisiense. Conoció poco á su madre. Su padre había muerto algunos meses después de haber cumplido la mayor edad, es decir, cuando acababa de salir de la escuela naval. Aunque por tan tristes circunstancias resultó dueño de una fortuna considerable, no creyó que esto fuese razón bastante para abandonar la carrera de marino. Al contrario, siguió en ella — una de las más bonitas que hay en el mundo — y era teniente de navío cuando el pabellón griego se enarboló en frente de la media luna turca en el Norte de Grecia y en el Peloponneso.

Enrique d'Albaret no vaciló. Como tantos otros valerosos jóvenes, irresistiblemente arrastrados por aquel movimiento, acompañó á los voluntarios que guiados por oficiales franceses se disponían á marchar hasta los confines de la Europa oriental. Fué de los primeros amigos de Grecia que derramaron su sangre por la causa de la independencia. Desde el año 1822 se encontró entre aquellos gloriosos vencidos de Manacordato, en la famosa batalla de Arta, y entre los vencedores en el primer sitio de Missolonghi. Allí seguía en el año siguiente, cuando sucumbió Marco Botzaris. Durante el año 1824 tomó parte, no sin lucimiento, en los combates navales que recompensaron á los griegos de las victorias de Methemé Ali. Después de la rota de Trípolitza, en 1825, mandaba una partida de tropas regulares á las órdenes del coronel Fabvier. En Julio de 1827, se batía en Claidari, donde salvó la vida á Andróonika Starcos, pisoteada por los caballos de Kintagi, batalla terrible en la cual sufrieron grandes pérdidas los amigos de los griegos.

Sin embargo, Enrique d'Albaret no quiso abandonar á su jefe, y poco tiempo después se unió á él en Methenas.

Á la sazón estaba el acrópolis de Atenas defendido

por el comandante Gouras, con mil quinientos hombres á sus órdenes. Allí, en aquella ciudadela, se habían refugiado quinientas mujeres y muchos niños que no pudieron huir, cuando los turcos se apoderaron de la ciudad. Gouras tenía viveres para un año, y un material de catorce cañones y tres obuses; pero las municiones empezaban á faltarle.

Fabvier resolvió llevar socorros al Acrópolis. Para conseguirlo pidió hombres que voluntariamente quisieran ayudarle á la empresa. Quinientos treinta contestaron al llamamiento; entre ellos había cuarenta amigos de Grecia, y á su frente iba Enrique d'Albaret. Cada cual de aquellos decididos partidarios se proveyó de un saco de pólvora, y al mando de Fabvier se embarcaron en Methenas.

El 13 de Diciembre desembarcó aquel reducido cuerpo al pié del Acrópolis. Un rayo de luna delató su presencia, y los turcos recibieron á los expedicionarios con un terrible fuego de fusilería. Fabvier gritó: «¡adelante!» y cada hombre, sin abandonar su saco de pólvora, que podía hacerle volar en un instante, salvó el foso penetrando en la ciudadela, cuyas puertas se abrieron para darles paso. Los sitiados rechazaron victoriosamente á los turcos, pero Fabvier cae herido, así como su segundo Enrique d'Albaret. Las tropas regulares y sus jefes estaban encerradas en la ciudadela con aquellos á quienes habían ido á socorrer tan atrevidamente y que no querían dejarles salir.

El joven oficial, que tenía una herida, no grave por fortuna, tuvo que compartir las miserias de los sitiados reducidos á algunas raciones de cebada por todo alimento. Pasaron seis meses ántes de que la capitulación del Acrópolis, consentida por Kintagi, le devolviese la libertad. Hasta entónces, el 5 de Junio de 1827, Fabvier, sus voluntarios y los sitiados no pudieron abandonar la ciudadela de Atènes y embarcarse en los boques que les trasportaron á Salamina.

Enrique d'Albaret, muy débil aún, no quiso detenerse en aquella ciudad y siguió hasta Corfú. Dos meses después estaba ya repuesto de sus fatigas, y esperaba la hora de volver á ocupar su puesto en primera fila, cuando la casualidad vino á dar una nueva dirección á su vida, que hasta entónces había sido propia de soldado.

En Corfú y al fin de la Strada Reale, se levantaba una casa de modesto aspecto, mitad griega, mitad italiana. En ella vivía un personaje que se mostraba poco, pero del cual se hablaba mucho. Era el banquero Elizunda. Nadie hubiera podido asegurar si

tenía sesenta ó setenta años. Unos veinte hacia que moraba en aquel triste edificio, del que no salía casi nunca. En cambio, muchas gentes de todos los países y de todas las clases sociales acudían á verle. Seguramente se realizaban negocios importantes en aquella casa de banca, cuya respetabilidad era completa. Eli-

zundo pasaba por ser un hombre riquísimo. Ningun crédito en las islas Jónicas, y hasta entre sus colegas dalmatas de Zara ó de Ragusa, podría rivalizar con el suyo. Una letra aceptada por él equivalía al oro. No se interesaba en los negocios sin prudencia. Daba excelentes informes, y quería garantías perfectas;



En uno de los buques reconoció á su hijo.

pero su caja parecía inagotable. Conviene observar que Elizundo trabajaba casi solo, sin tener á su lado más que un hombre, del cual hablaremos despues, para ocuparse de los asuntos sin importancia. El era, á la vez, su propio cajero y su tenedor de libros. Todas las letras pasaban por su mano, y él mismo escribía todas sus cartas. Ningun dependiente se había sentado al pupitre del mostrador, y esto contribuía, no poco, al secreto de sus asuntos.

¿Cuál era el origen del banquero? Decíase que ilio ó dalmata, pero no se sabía nada concreto. Mudo en cuanto á su pasado, mudo en cuanto á su presente, nunca se rozaba con la sociedad de Corfú. Cuando el grupo quedó bajo el protectorado de Fran-

cia, su existencia era ya lo mismo que fué desde que un gobernador inglés ejercía su autoridad sobre las islas Jónicas. No se debía tomar al pié de la letra lo que el público aseguraba acerca de su fortuna elevándola á centenares de millones; pero debía de ser, y era muy rico, aun cuando su porte fuese el de un hombre modesto en sus necesidades y en sus gustos.

Elizundo era viudo como cuando se estableció en Corfú con una hija, que entónces tenía dos años. Á la sazón, aquella hija, que se llamaba Hadjine, tenía veintidos y vivía en la casa entregada á los cuidados domésticos.

En todas partes, y aun en los países de Oriente, donde la belleza de las mujeres es indiscutible, Had-



jine Elizundo hubiera pasado por ser notablemente hermosa, á pesar de la gravedad de su fisonomía, un poco triste. Y no podía por ménos de revelar tristeza, pues sus años más tiernos se deslizaron sin tener una madre que la guiase, y sin una compañera con quien cambiar sus primeros pensamientos de jóven. Hadji-

ne Elizundo era de baja estatura, pero elegante. Por su origen griego, de parte de madre, recordaba el tipo de aquellas hermosas jóvenas de Laconia, que llevan la palma sobre todas las del Peloponeso.

La intimidad entre el padre y la hija no era ni podía ser profunda. El banquero vivía solo, silencio-



La ciudadela de Corfú.

so, reservado; uno de esos hombres que vuelven á menudo la cabeza y entornan los párpados como si la luz les ofendiese. Nada comunicativo en su vida privada como en la pública, no se confiaba jamás, ni aun á los mismos clientes de la casa. ¡Cómo era posible que Hadjine Elizundo hubiera experimentado alegrías en aquella casa cerrada á piedra y lodo, si apenas encontraba el corazón de un padre!

Felizmente para ella, tenía cerca de sí un sér bucco, cariñoso y desinteresado, que no vivía más que para su ama, que se entristecía con sus tristezas y que gozaba con sus alegrías, cuya fisonomía se iluminaba cuando la veía sonreír. Su vida dependía de la de Hadjine. Por este retrato pudiera creerse que se

trataba de algun perro fiel, uno de esos aspirantes á la humanidad», como ha dicho Michelet; «un humilde amigo», según la frase de Lamartine. ¡No! Era un hombre, mas hubiera merecido el ser un perro. Había visto nacer á Hadjine, nunca la había abandonado, habíala mecido en su cuna y la servía cuando era jóven.

Era un griego llamado Xaris, un hermano de leche de la madre de Hadjine, que la había seguido despues de casarse con el banquero de Corfú. Hacía más de veinte años que estaba en la casa, ocupando una situación superior á la de un simple criado, ayudando á veces á Elizundo siempre que no se tratase más que de copiar algun escrito.

Xaris, como ciertos tipos de Laconia, era de aventajada estatura, ancho de hombros, y de excepcional fuerza muscular. Rostro simpático, ojos expresivos y nariz larga y aguileña, dominando unos soberbios y negros bigotes. Cubría su cabeza el gorro de lana oscuro, y rodeaba su cintura la faja de su país.

Siempre que Hadjine Elizundo salía, ya por las necesidades de la casa, ya para trasladarse á la iglesia católica de Saint-Spiridon, ó bien para aspirar aquel aire marino que nunca llegaba hasta la casa de la Strada Reale, iba acompañada de Xaris. En estos paseos habían podido verla muchos jóvenes de Corfú



Salvó la vida á Andrónika.

en la Esplanada ó en las calles del barrio de Kastradés, que se extendía á lo largo de la bahía del mismo nombre. Mas de uno había intentado hablar á su padre. ¿Quién no se extasiaba ante la belleza de la hija y quizás ante los millones de la casa Elizundo? Mas á todas las proposiciones de este género Hadjine opuso siempre su negativa. El banquero no se hubiera entrometido jamas en modificar su resolución. Sin embargo, el honrado Xaris, con tal de que su jóven ama fuese feliz en este mundo, habría dado toda la parte de felicidad á que tenía derecho en el otro, por su adhesión sin límites.

Tal era aquella casa triste, y como aislada en un rincón de la capital de la antigua Corcyra; tal era

aquel hogar en el cual los azares de la vida iban á introducir á Enrique d'Albaret.

Entre el banquero y el oficial frances entabláronse primeramente relaciones de negocios. Al salir de París había tomado éste importantes letras sobre la casa de Elizundo. En Corfú las cobró, y de Corfú sacó el dinero que le fué preciso durante sus campañas de amigo de Grecia. En varias ocasiones volvió á la isla, y allí conoció á Hadjine Elizundo. La belleza de la jóven le conmovió, y su recuerdo le acompañó en los campos de batalla de Morea y de Atica.

Después de la rendición del Acrópolis, Enrique d'Albaret tuvo necesidad de ir á Corfú. La herida no estaba bien curada, y las fatigas de la guerra habían

quebrantado su salud. Allí, á pesar de que no vivía en casa del banquero, encontró en ella una hospitalidad como ningún extranjero pudo obtener hasta entonces.

Tres meses hacía que Enrique d'Albaret pasaba así su vida. Poco á poco sus visitas á Elizundo, que

al principio sólo fueron puramente de negocios, se hicieron más frecuentes, hasta convertirse en diarias. Hadjine gustaba mucho al jóven oficial. ¡Cómo no habría de conocerlo ella viéndole tan cariñoso, entregado al placer de oirla y hablarla! La jóven, por su parte, no vaciló en prodigarle los cuidados que exi-



Siempre que Hadjine salía iba acompañada de Xaris.

gía el estado de su salud, y Enrique d'Albaret hallábase muy bien con aquel régimen.

Ademas, Xaris no ocultaba la simpatía que le inspiraba el carácter franco y amable de Enrique d'Albaret, al cual se iba aficionando más y más.

— Tienes razon Hadjine — repetía con frecuencia á la jóven. — Grecia es tu patria, tanto como lo es mía, y no se debe olvidar que si este jóven sufre y padece, es á causa de haber peleado por su independencia.

— ¡Me ama! — dijo un día á Xaris.

Y la jóven pronunció estas palabras con la misma sencillez que empleaba en todo.

— ¡Pues bien, es preciso que te dejes amar! — repuso Xaris. — ¡Tu padre va siendo anciano, Hadjine!

¡Yo no podré estar á tu lado siempre!.... ¿Dónde encontrarías en el mundo un protector más cariñoso que Enrique d'Albaret?

Hadjine no respondió. Hubiera necesitado decir que sí sabía que era amada, ella amaba tambien. Una reserva perfectamente explicable no la permitía hacer tal confesión á Xaris.

Así estaban las cosas. Nadie lo ignoraba en la sociedad de Corfú. Mucho ántes de que estuviera concertado oficialmente, ya se hablaba del matrimonio de Hadjine Elizundo y Enrique d'Albaret como si se hubiese convenido.

Importaba observar que el banquero no parecía que veía con disgusto la asiduidad del jóven oficial y las atenciones que á su hija prodigaba. Como decía

Xaris, él comprendía que la vejez aceleraba sus pasos, y aún cuando no tuviera preocupaciones en cuanto á la fortuna de que sería heredera, le adivinaba el temor de que quedara sola en la vida. La cuestión del dinero no era de interés alguno para Enrique d'Albaret, y tanto le daba porque la hija del banquero fuese pobre como rica. El amor que le inclinaba hacía la jóven tenía su origen en sentimientos elevadísimos, no en vulgares ambiciones. Amábala tanto por su bondad como por su belleza, lo mismo por la simpatía de ver su situación en aquel trésto recíto, que por la nobleza de sus ideas y por la energía de alma de que la juzgaba capaz si alguna vez hubiera tenido que mostrarla.

Esto se comprendía claramente, siempre que Hadjine hablaba de Grecia oprimida y de los esfuerzos sobrehumanos que hacían sus hijos para tornarla libre. En este terreno no podían ménos los dos jóvenes de hallarse en perfecta conformidad.

¡Cuántas horas pasaron hablando de todas aquellas cosas en la lengua griega, que Enrique d'Albaret poseía ya como la suya! Que alegría instintamente compartida cuando algun triunfo naval iba á compensar los reveses de que eran teatro Atica y Mores! Enrique d'Albaret se veía precisado á referir entonces todos los hechos de armas en que tomó parte, á enumerar los nombres de nacionales y extranjeras que brillaban en aquellas sangrientas luchas, y los de las mujeres que Hadjine Elizundo, si hubiera sido libre, habría imitado: Bobolina, Modena, Zacharius, Kaidos, sin olvidar á la animosa Andrónika, á quien el jóven oficial salvó del degüello de Chaidari.

Un día en que Enrique d'Albaret pronunció su nombre, Elizundo, que escuchaba el relato, hizo un movimiento que llamó la atención de su hija.

— ¿Qué tenéis, padre mío? — preguntó.

— Nada — repuso el banquero.

Y dirigiéndose al jóven oficial con el tono de un hombre que quiere aparentar indiferencia,

— ¿Habeis conocido á esa Andrónika? — dijo.

— Sí, señor Elizundo.

— ¿Y sabéis qué ha sido de ella?

— Lo ignora — respondió Enrique d'Albaret. — Después del combate de Chaidari, era que ha debido regresar á las provincias del Magna, su país natal. Pero no pierdo la esperanza de volver á verla en los campos de batalla de Grecia.

— ¡Sí! — añadió Hadjine. — ¡Allí es preciso estar!

¿Por qué interés tanto á Elizundo el nombre de Andrónika? Nadie se lo preguntó, y quizás hubiera dado una respuesta evasiva. Pero esto no dejó de preocupar á su hija, que no estaba al corriente de las relaciones del banquero. ¿Existiría algun lazo entre su padre y aquella Andrónika á quien admiraba?

Por otra parte, Elizundo siempre estaba reservado en todo lo que concernía á la guerra de la independencia. ¿Hacia dónde se inclinaba, hacía los opresores ó hacía los oprimidos? Difícil sería averiguarlo, aún suponiendo que aquel hombre sintiera inclinaciones por algo ó por alguien. Lo cierto era que su correo le llevaba tantas letras giradas en Turquía como en Grecia.

Mas, importa repetirlo, aunque el jóven se hubiera dedicado á defender la causa de los helenos, no por eso era ménos favorable la acogida que le hacía Elizundo en su casa.

Enrique d'Albaret no podía prolongar su permanencia allí por más tiempo. Restablecido ya de sus fatigas y dolencias, estaba resuelto á cumplir hasta el fin lo que él consideraba como un deber, y de esto había hablado con frecuencia á la jóven.

— En efecto, eso es vuestro deber — le respondía la jóven. — Por grande que sea el dolor que me cause vuestra marcha, Enrique, comprendo que debéis uniros á vuestros compañeros de armas. ¡Si, hasta que Grecia no recobre su independencia es menester luchar!

— Voy á partir, Hadjine, voy á partir — dijo Enrique un día. — Pero si pudiera llevar conmigo la certidumbre de que vos me amáis como yo os amo....

— Enrique, no tengo motivo alguno para ocultaros los sentimientos que me inspiráis — repuso Hadjine. — No soy niña y sé mirar seriamente al porvenir. ¡Tengo confianza en vos — añadió alargándole la mano —; tened confianza en mí! ¡Conforme me dejéis al marchar me encontraréis al volver!

Enrique d'Albaret estrechó la mano que le tendía Hadjine, como prueba y garantía de sus sentimientos.

— ¡Oh, mil gracias! — dijo. — Sí, hemos nacido el uno para el otro. Nuestra separación será dolorosa, pero al ménos llevaré la seguridad de que me amáis. Mas antes de mi marcha, Hadjine, quiero hablar á vuestro padre.... Desco tener la certidumbre de que aprueba nuestro amor y de que por su parte no encontraremos ningun obstáculo....

— Obrareis con prudencia, Enrique — contestó la jóven. — Obteneid su promesa como habeis obtenido la mía.

Enrique d'Albaret debía dar pronto aquel paso, pues estaba decidido á continuar el servicio á las órdenes del coronel Fabvier.

En efecto, las cosas iban de mal en peor para la causa de la independencia. El convenio de Londres no habia producido ningun resultado útil, y se abrigan recelos acerca de la actitud de las potencias en frente del Sultán, temiéndose que se limitasen á hacerle observaciones puramente ociosas, y por lo tanto platónicas.

Además, los turcos, envanecidos con sus triunfos, no parecían dispuestos á ceder nada de sus pretensiones, y daban pruebas de una tenacidad que les hacía temibles, á pesar de que dos escuadras, una inglesa mandada por el almirante Codrington, y otra francesa á las órdenes del almirante de Rigny, recorrían el mar Egeo, y no obstante que el Gobierno griego se instó en Egina para deliberar allí en mejores condiciones de seguridad.

(Se continuará.)

# AVENTURAS DE UN PILLUELO DE PARÍS EN OCEANÍA,

POR LUIS BOUSSENARD.

TRADUCCION DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCIA LOPEZ.

Pierre creyó que su amigo deliraba.

— Tranquilízate — continuó el joven; — antes de doce horas espero tener una pierna libre. ¡Paciencia! ¡Vivir para ver! — concluyó diciendo el parisiense, volviendo á su misteriosa ocupacion.

Pero sus sufrimientos adquirian de hora en hora una intensidad que no hay palabra con que expresarla, hasta el momento en que la violencia de las olas lanzó sobre la roca el desgraciado barco. El golpe fué tan brusco que rompió parte del casco del barco, por donde penetró una verdadera cascada en el interior del buque, retirándose despues arrastrando trozos del buque y cadáveres.

El espantoso destrozo habia tenido lugar cerca del camarote ocupado por los dos amigos. La puerta radó hecha trozos, y el agua cayó sobre ellos en el momento que Friquet, levantando una de sus manos, ensangrentada y entumecida por invencibles esfuerzos, gritaba:

— ¡Victoria! Ya he cortado una de las ligaduras y....

La brutal invasion del agua le cortó la palabra.

Durante ocho ó diez segundos, el ruido infernal que reinaba en el navío desaparecía por el estruendo del Océano desencadenado; despues las olas se retiraron con ese ruido especial producido por la resaca.

Un terrible espectáculo que se ofreció á los ojos de Friquet, le hizo entumecer y no gritar triunfalmente como iba hacerlo. El choque que habia roto las paredes del cuarto, habia tambien desarticulado las planchas á que estaban sujetos. El parisiense tenía libres las manos y los pies. Por eso su alegría.

Peró la vista de Pierre de Gall, extendido en plano inclinado, los pies arriba y la cabeza abajo, con la cara cubierta de una espuma sanguinolenta, le aterró.

— Pierre — exclamó con temerosa voz.

No tuvo respuesta.

— Pierre, amigo mío, camarada Pierre.

El desgraciado joven dolorido por el choque de las olas, entumecido por quince días y quince noches de tormentos, medio muerto de hambre y sed, medio se ahogaba de pán.

Peró nuestro joven Friquet no era, por fortuna, una pusilánime señorita.

Sin perder un segundo en inútiles lamentos, y tembando, con razon, una nueva invasion, empezó á mover al marinero que no daba signo alguno de vida.

— Veamos — dijo — Pierre está echado hácia la derecha, tiene, por lo tanto, la mano de ese lado cogida todavia en las amarras. ¿Qué hacer? ¡Ah! ya sé, como decia mi compatriota el pequeño parisiense. Voy

á colocarme debajo de mi tabla rota, y haciendo un movimiento de izquierda á derecha, dar la vuelta á mi amigo. Ya está hecho — dijo cogiendo súbitamente á su compañero.

Usó suavemente la mano por la frente de Pierre, y vió ociosa de la caja izquierda una pequeña herida, de la que salía alguna sangre.

— No es nada, no hay gravedad. Lo importante es levantarle la cabeza. ¿Cómo me las voy á arreglar para sacar á este hombre de aquí? Vamos, no faltaba más. Otra ola. Una nueva rociada llenó de nuevo el pequeño camarote.

Friquet tuvo tan sólo tiempo para volver la espalda á la entrada, y colocar entre sus rodillas el pecho de su amigo, para evitarle tan terrible choque.

— Otro golpe como éste, y me quedo sin un brazo.

Esté nuevo baño hizo dar un suspiro al marinero breton.

— ¡Vive! — gritó Friquet con alegría. — ¡Vive! Ya me figuraba yo que no vivo tan fuerte como éste no hubiera de dejar este mundo por tan poca cosa.

Pierre murmuraba palabras incoherentes.

— Despacio, chicos; déjame tranquilo, ¿no es? Quiero beber; tengo la garganta seca.... ¿Cómo! ¿eres tú?

El digno marinero recobró de pronto la memoria, encontrándose apoyado en Friquet.

— ¿En dónde estamos? — articuló con dificultad.

— En nuestro camarote.

— ¿Y el barco?

— Ha naufragado.

— Me alegro.

— Sin duda ha sido un medio de libertarnos.

— ¿Y los marineros.... los pasajeros?

— No sé.

— ¿Que hacer?

— Acabar de reponerte y marcharnos de aquí lo antes posible.

— No deseo otra cosa, pero ¿cómo vamos á hacerlo?

— Ya lo veremos. Nuestra actual situacion no se presta á muchas reflexiones.

— Sobre todo con esa especie de ducha que continuamente me está cayendo encima.

— Me parece que tengo sangre.

— No es nada. Sin embargo, es extraño; cualquiera creeria que la herida habia sido producida por un cuchillo.

— ¡Ah!

— ¿Qué te pasa?

— No me equivocaba, en efecto: un cuchillo ha producido tu herida en la frente. Mira el cuchillo —

gritó el parisiense — estaba á tu lado y has chocado antes con él.

—¿De dónde proviene? Poco importa. En todo caso, con él no tardaré en acabar de cortar estas malditas ligaduras.

—Empieza, pues, marino.

— No, acaba de desligarte tú primero.

— Te repito que deseo que quedos tú primero en libertad.

— Basta; estamos perdiendo un tiempo precioso. Deslígate tú. Es preciso, lo quiero, lo mando; soy más viejo que tú.



Esto es una verdadera carnicería.

— Sen — respondió Friquet; poniéndose en seguida á cortar las ligaduras.

Por mucho deseo que tuviesen de terminar, á pesar de sus esfuerzos, el trabajo avanzaba lentamente, y pasaron bastantes minutos antes que el joven quedase al fin en libertad; y pudiese, á pesar de las continuas invasiones ocasionadas por las olas, ocuparse del viejo marinero.

—¡Demonio, qué fuerte está ésta! ¡Si al ménos estas ligaduras pudiesen servir de corbata á los miserables que nos atan! ¡Con qué gusto se la pondría yo! además, este diablo de cuchillo de latón y encorvado, me quema los dedos.

— No te quejes; vamos, anda deprisa.

Friquet no necesitaba que le instigasen; trabajaba con tanto ardor, tan deprisa y tan bien, que al poco rato Pierre le Gall se encontró también en libertad.

Se levantó, hizo sonar su robusta musculatura, aspiró una gran bocanada de aire, y una franca sonrisa apareció en su cara.

— Vamos, basta de prisión.... zafarrancho general. Cada cual á su puesto.

— Tienes razon, Pierre. No será fácil la maniobra, y hace tiempo que no hemos comido.

— Tratemos de subir por la escalera; siquiera encontráremos arriba algo.

—Es raro; ¡qué silencioso está todo! Cualquiera diría que el barco está desierto.

—Comprenderás sin dificultad que esa tripulación de pillos, al ver el buque perdido, se habrá apresurado á abandonarle. ¡Renegados del infierno!

—¿Y los pasajeros?

—¡Desgraciados, se habrán abogado!

Friquet y Pierre le Gall se engañaban.

Después de haber abierto la puerta del camarote, recorrieron el buque en todos sentidos: encontraron un gran número de cadáveres de marineros, pero no encontraron ni un solo chino.

—Se habrán escapado también—dijo el boten con un suspiro de satisfacción.—Pero en todo caso no ha sido sin lucha. No han sido flojos los futuros colonos de Sumatra; esto es una verdadera carnecería.

Los trescientos chinos habían saqueado el navío antes de abandonarle.

La obra de destrucción había sido muy rápida; el tiempo preciso para que los dos prisioneros pudieran libertarse.

Encontraron, afortunadamente, un barril de agua dulce intacto y algunos bizcochos, que comieron con sumo gusto, aunque estaban impregnados de agua de mar.

Reanimados por aquel frugal alimento, prosiguieron sus trabajos para ponerse completamente á salvo.

Pierre le Gall, maestro en cuestiones semejantes, acostumbrado á frances parecidos, empezó por detener á su compañero, que á toda costa quería dirigirse á unas costas que se divisaban á poca distancia.

—Poco á poco, vamos despacio. Vamos á desembarcar en países salvajes, y no conocemos las costumbres de sus habitantes. Enterémonos ántes, no vayamos á caer en un país habitado por antropófagos.

—Tienes razón.

—Además, hay, si no me engaño, una corriente que quizá nos llevaría lejos. Mira, si no, ese tonel vacío que flota sobre las aguas.

—Creo justo lo que dices.

—En fin, no creo que encontremos la mesa puesta, como si desembarcáramos en mi querida Bretaña.

—Entonces, ¿qué es lo que piensas hacer?

—Que nos dirijamos en línea recta á la costa, que desembarquemos con felicidad, que tengamos qué comer y que no seamos comidos.

—Como no hay ninguna bote á bordo, vamos á construir una balsa.

—Me parece bien. En una hora es asunto terminado. No es difícil encontrar madera en medio de todo este destrozo. Subiremos barriles vacíos. ¡Manos á la obra, pues!

Pierre le Gall, armado de un hacha, empezó á trabajar; en vez de un hombre, parecía diez.

El perisiano no desmerecía de su compañero.

—Creo, compañero, que va á ser una balsa perfecta; así, pues, no nos preocupemos de nuestra situación; prosigamos el trabajo, y viva la alegría. En cuanto á la fortuna de nuestros amigos, trataremos de recuperarla. Otras cosas más difíciles hemos conseguido.

—Ya lo creo.

—Somos, pues, unos verdaderos naufragos; si algún día me vuelvo á encontrar en un buque, vaya una historia curiosa que podré contar.

—Oye, mientras yo acabo, ocupate de reunir lo que encuentres y considéralo útil. Algunas armas, municiones, dos hachas, cuchillos, provisiones, una sierra, vestidos,....

—Si hubiera un mapa,....

—Vamos, despacha, voy á colocar el palo, luego la vela,....

—Ya está hecho lo que has dicho; creo que es suficiente, puesto que no es nuestro proyecto el hacer un largo viaje en la lancha. Buscando, he encontrado una bandera francesa.

—Te reconoces, marinero—dijo Pierre conmovido.—No puedes figurarte la felicidad que experimento al mirar ese trozo de tela.

Después el marinero izó la bandera y se quitó la gorra. Friquet se descubrió también: los dos amigos, sin pronunciar una sola palabra, se dieron un apretón de manos.

La balsa no estaba sujeta al casco del *Lau Lsee* más que por una amarra.

Pierre, apoyado en un remo fijado en la parte de atrás, y que hacía de timón, hizo un signo á Friquet.

El marinero de un hachazo cortó la amarra.

—¡Viva la Francia!—gritaron.

La balsa suavemente conducida por una ola, se separó del barco. Friquet izó la vela.

Dulcemente conducida por la brisa y la corriente, la balsa dobló la punta del escollo y penetró en un canal estrecho formado como la entrada de una rada.

Un espectáculo magnífico se ofreció á los ojos de los naufragos.

Las olas negras y pesadas del Océano terminaban á la entrada del canal, siendo remplazadas por un agua clara, tranquila y poco profunda.

La costa estaba á ménos de quinientos metros.

Esta distancia fué recorrida bastante rápidamente, pudiendo al poco rato desembarcar los dos amigos en aquella tierra desconocida, punto imperceptible perdido en medio de la inmensidad.

—Vamos—dijo tranquilamente—esta es la cuarta vez, lo ménos, que me veo convertido en Robinson.... ¿y tú, Pierre.

—Yo,.... Yo ya no cuento más naufragios.

—Mejor; posees la costumbre y temperamento de estas cosas. Vamos, si gustas, á explorar un poco el terreno y á preparar el almorzazo; yo me encuentro dispuesto á tomar algo.

—Me parece justo; tanto más, cuanto se puede decir que desde hace tres días, estamos en ayunas.

—En los libros, los Robinsones pintados por los autores encienden siempre la lumbre frotando durante largo tiempo dos trozos de madera. Es un procedimiento incómodo y que sólo he visto dar resultado una vez en el África cenatorial. Yo tengo un procedimiento mejor. Dos piedras, un eslabón y unos cuantos metros de mecha, y esas ramas van á arder como si fueran fósforos. Ea, ya está hecho.

En cuanto á lo que hemos de arar,....

Un ruido seco le hizo callarse al parisiense, quien cogió el bicho y se dispuso á defenderse. El ruido continuaba.

El jóven avanzó con precaucion; penetró en un

bosquecillo de gigantescos cocoteros, y apercebido.... un cangrejo colosal, ocupado en cortar la corteza de una nuez.

Sin pararse á contemplar tan curioso espectáculo, Friquet se arrojó sobre el cangrejo, y no preocupán-



Al ver á los dos europeos se quedó parado.

dose para nada de tan dlos patas, verdaderas tenazas con que trataba de defenderse, le atontó de un golpe dado en la espalda.

Después, cogiendo una rama que más bien parecía una enredada, le ató y le llevó arrastrando.

—Aquí está el almuerzo, Pierre.

—¡Ah! Es de buen tamaño, ¿Si yicras qué bueno está con salsa de manteca!

—Delicioso; pero como no tenemos manteca, nos contentaremos con comérselo cocido.

—Tambien así está muy bueno.

—Vamos, Pierre, estás desconocido, todo te parece bien.

—Cuando uno naufraga —añadió con calma el marinero— es preciso pasar la vida lo ménos mal posible.

—Creo lo mismo. Verás en cuanto nuestro animal de diez patas esté cocido y nos lo hayamos comido, verás qué bien te cuida. Veo desde aquí palmeras de todas clases y cocoteros. ¡Ah! casi me cuento feliz en la vida salvaje. Hace ya mucho tiempo que hice mis primeros ensayos.

—Esperando té delicioso vino; creo que no estaría de más que fuéramos á la bolsa á basear algunos bizcochos y un poco de aguardiente. ¿Qué dices á eso?



— Que está bien, que tienes razón.

— Un momento, un momento, Pierre, espera un poco. Aun cuando cerca de la costa, por precaución debemos ir armados. Ignoramos si este país está ó no habitado, y las buenas gentes que pueblan estos parajes tienen una marcada predilección por la carne humana.

— Si nuestro estómago no estuviera vacío, hubiéramos podido dar una vuelta.

— Calla. Yo cojo mi fusil y....

— Mira, ¡cuando yo decía!

— ¡Un negro!

En efecto, un negro de elevada estatura, armado de una lanza y enfáticamente desnudo, llegaba corriendo, sin duda impelido por el olor que dejaba el cangrejo al cocerse.

Al ver á los dos europeos se quedó parado, con ojos extraviados, abriendo una inmensa boca, llena de dientes negros como el ébano.

— ¡Qué feo es!

— Puede V. pasar — exclamó Friquet con amabilidad; — pero deje V. la lanza en la portería.

#### CAPÍTULO IV.

Un negro que tiene los dientes negros. — ¡Que apetito! — El adelantamiento de un estómago vacío es cosa muy rara. — De como el pañuelo de Pierre le Gall pudo servir de pretexto para una declaración de guerra. — Los últimos terrones del continente asiático y las primeras tierras oceánicas. — El procedimiento seguido por Friquet para aprender geografía es difícil, pero infalible. — Escarabajo á pedradas. — Combate de arma blanca. — Derrota del primer cuerpo expedicionario. — Trececientos hombres muertos.

El negro dió un grito gutural y avanzó cautelosamente, cual animal salvaje impulsionado por la curiosidad. Dirigia simultáneamente sus grandes ojos á los dos europeos, cual si quisiera hacer un examen minucioso de ellos.

La inmovilidad de Pierre y Friquet le dió valor, y entonces alargó uno de sus dedos hasta tocar la cara del joven, frotando al mismo tiempo sobre la piel blanca de Friquet, cual si creyera que debajo de aquella epidermis blanca, que tanto le chocaba, debiera haber otra negra, como la de todos los que él había visto.

Pero al ver que el color negro no aparecía, el salvaje retrocedió dos pasos, y llevándose las dos manos al vientre, soltó una estrepitosa carcajada.

Después, atacado de un acceso de alegría, que tomó proporciones extraordinarias, se revolcó por el suelo, saltó, bailó, y finalmente se tendió cuan largo era, atacado de fuertes convulsiones.

— Es poco comunicativo, pero tiene un carácter alegre — dijo Friquet.

— Quizá — respondió Pierre le Gall, no ha visto en su vida á ningún blanco, y se creará sin duda que somos seres sobrenaturales, que han caído de la luna.

— Pero, mira, también tiene los dientes negros.

— Es á causa de masticar el betel (1).

(1) Planta sarmientosa de la India que produce una especie de jumento.

Moviéndolas las hojas de esa planta con tabaco, oro y cáñava, se forma una pasta que hacen los habitantes de las Indias orientales. — (Nota del traductor.)

— Qué te parece, ¿le invitamos á almorzar?

— Lo mismo estaba pensando. El cangrejo está ya listo: ¿la mesa, pues.

Pierre partió en dos trozos el colosal crustáceo, cortó una hoja, y sobre aquel plato colocó un trozo de carne blanca y de cortas fibras, y le ofreció al negro, que aceptó sin hacerse rogar; y se puso á comer con verdadera avidez.

— Sus dientes no tienen en verdad buen aspecto, pero cualquiera creería que cortaban hilo de acero.

— Unos cuantos dientes como esos son capaces de cortar una de nuestras piernas con la misma facilidad que nosotros destrozamos un muslo de un pollo.

— Se ve que no es la primera vez que come este manjar.

— Pues ya ha acabada.

— Pero pide más.

— Toma, toma, come; no hagas cumplidos, estas en tu casa.

Cuatro veces seguidas repitió el negro, proporcionando un buen rato á sus proveedores.

Con el citado festín pareció tomar el negro más confianza, acercándose á los dos blancos y no perdiendo de vista ni un momento á Pierre le Gall.

El viejo marino no sabía á qué poder oculto atribuir aquella misteriosa atracción: en aquel momento sacó del bolsillo un pañuelo de grandes cuadros encarnados que desplegó con gran calma.

El asombro del salvaje se convirtió en estupor á la vista de aquel pañuelo. Aquellos colores que brillaban ante sus ojos, le fascinaban. Al fin, sin poderse contener, alargó la mano, cogió el pañuelo y tiró de él.

Pero Pierre no soltó, y la tela era de buena clase.

— Suelta, amigo mío; no tengo más que este pañuelo y le necesito. Además, ¿para qué te había de servir á tí, con esa barra de hueso que te atraviesa las narices?... Vamos — dijo á Friquet — hacia rato que me preguntaba á qué se parecía ese salvaje con sus raras atavías. Ya lo sé. Cuando yo era grumete, los mástiles de proa llevaban una vela cuadrada, llamada cebadera. Al ver el palo que atraviesa las narices del salvaje, me hace recordar la antigua cebadera (1).... Vamos, no tires tanto, que vas á romper el pañuelo.

El negro no hizo caso. Viendo que le relusaban el objeto de su deseo, y envalentonado por la amabilidad de los dos hombres blancos, amabilidad que quizá él tomó por miedo, se echó hácia atrás, cogió una lanza y dió con furia un lanzazo á Friquet.

Éste se defendió con el brazo izquierdo. La punta de la lanza encontró un cuerpo duro; pero tal era la fuerza del golpe, que la punta saltó en pedruzos.

(1) La comparación de Pierre le Gall es muy justa, aunque un poco inexacta. Los marineros del capitán Cook, al ver el palo que adornaba invariablemente la nariz de los habitantes de la Melanesia y Polinesia, dieron á tan raro adorno el nombre de mástil de proa.

(Se continuará.)

# LA VIUDA,

NOVELA DE OCTAVIO FEUILLET, DE LA ACADEMIA FRANCESA.

TRADUCCION DE ILDEFONSO ANTONIO BERMEJO.

Al través de su jovialidad, tuvo tiempos de silencio y de reflexión: algunas veces lanzó palabras breves y amargas; en fin, tenía la actitud agitada y febril de una mujer que representa penosamente un papel.

Mauricio la observó, y supuso, con una perspicacia original, que había experimentado aquel día alguna grande contrariedad. Observó también que bebía un poco más de champagne del que convenía á una jóven viuda, lo cual le confirmó en la idea de que sentía la necesidad de distraerse y de aturdirse un poco la cabeza, para poder ser amable con sus huéspedes.

Después que se hubo tomado el café en el salón, la señora de La Pave llevó á sus invitados al jardín, para dar al comandante de Fremeuse la libertad de fumar.

Paseó á su lado para respirar mejor el olor del cigarro, que le gustaba, decía ella, recordando que su marido había sido un gran fumador.

Habló al comandante respecto á la profusión que Roberto había tenido por estos jardines dispuestos á la antigua moda francesa; moda que había querido conservar y restituir el estilo en toda su pureza. Mostrábale las restauraciones que había emprendido con este propósito, y que ella creyó de un deber terminar. Aquellas terrazas, aquellas escaleras que subían con paso flexible y con su expresiva elegancia, entre hileras de tejos y de blancas estatuas, evocaban en el espíritu de Mauricio vagas visiones de Versalles; pensaba en la jóven duquesa de Borgoña y en su marcha gloriosa sobre las nubes.

La pareja se había adelantado bastante, dejando muy atrás al resto de sus pasantes, y se encontraron entónces frente á frente.

Madame de La Pave, lejos de haberse intimidado por esta circunstancia, pareció como que la profijaba, con intención preconcebida, para llegar con Mauricio á una avenida ó plantío de carpinos, donde la caída de la tarde no dejaba ya penetrar más que una débil claridad. La viuda caminó algun tiempo silenciosa en esta semitiñebla al lado del jóven oficial, haciendo que rechinase la arena bajo sus altos tacones; luego, de repente, levantando la cabeza y echándola un poco hácia atrás con un gesto familiar:

— Señor Fremeuse — dijo,

Resonó su voz con un timbre un poco grave, musical, y muy femenino.

Había en este minuto, en esta voz argentina, un acento particular de ironía y de ataque, que hizo latir de punto el corazón de Mauricio.

— ¿Señora? — respondió Mauricio,

— Ya sabéis — prosiguió la viuda — cuán generoso ha sido Roberto para conmigo.

Mauricio inclinó la cabeza.

— Me ha dejado toda su fortuna.

— Sí, señora; él me lo dijo.

— ¡Ah! yo pensaba que vos no lo sabíais. Pues bien; ¿creeréis que soy una ingrata, que estoy algunas veces tentada de reconvenir la generosidad de mi marido?

— No comprendo por qué — repuso dulcemente Mauricio.

— ¡Dios mío! — prosiguió la jóven — porque esta gran fortuna que me ha dejado, va á traerme, y ya me trae, enojos innumerables y sin fin.... me constítuye en una rica presa.... Todo lo que hay en Francia de intrigantes, de buscadores de fortuna, de comedores de dotes, se aprestan á sitiarme.... Voy á verme expuesta á todas las maniobras de la codicia, á todos los falsos semblantes de la benevolencia y del interés, á todas las hipocresías de amor y de amistad.... Me voy á ver entregada á las más necias charlatanerías, á las más indignas calumnias, y ya lo estoy.... ¿No habéis oído decir que me casan?

— No, señora — dijo Mauricio.

— ¿No?.... ¿de veras?.... Pues preguntádselo á vuestra madre.... Ella lo sabe mejor que nadie.

Ya no le fué posible al comandante de Fremeuse ignorar el tono y el sentido de este lenguaje; y después de algunos segundos de sobrecogimiento:

— Señora — le dijo — si he tenido el honor de comprenderos, me acusáis de pretender, bajo un falso semblante de amistad, vuestra mano.... ó más bien vuestro dote.... Mi respuesta es muy fácil: si existe un hombre en el mundo cuyo pensamiento de casarse con vos sea prohibido para siempre, ese hombre soy yo. Y en este mismo instante vais á saber por qué.... Mi intención, que vos apreciaréis ahora, era diferir más esta comunicación hasta el día en que la amistad y la confianza se estrechasen más entre los dos.... Pero veo que este día no debe venir. Suplico que me escuchéis. Yo no me he emancipado enteramente hasta aquí de las instrucciones de que me ha encargado vuestro marido en su lecho de muerte; me resta haceros saber sus últimas voluntades, ó al ménos su última súplica.... Por este testamento verbal de que me ha hecho depositario vuestro marido, en cambio del amor apasionado que os ha tenido, y de los testimonios que de ello ha podido daros, os ruega, os encarece con todas las véras de su corazón, y tanto como puede hacerlo un moribundo, os ordena que jamás ofendáis su memoria con un segundo casamiento.

Una débil exclamación se escapó de los labios de la joven viuda.

—Permítid que termine — prosiguió Mauricio. — En qué términos dolorosos y terribles me expresó vuestro marido sus aprensiones, sus temores, sus recomendaciones sobre este asunto, podré decirlo, si lo exigís..... pues no hay una palabra salida de su boca, durante esta fúnebre noche que no resuene todavía en mis oídos; pero excusadme, y excusad vos misma de pormenores punzantes y horrorosos; escuchad sus últimas palabras solamente: — Dile que si pertenece á otro, yo me levantaré de mi tumba..... ella verá mi espectro, y yo vendré para maldecirla! — Y añadió al traves de su ronca agonía: — Júrame, Mauricio, que lo dirás. — Yo lo juré. — ¿Por tu honor? — ¡Por mi honor! — Ahora, señora, ya lo sabéis todo.

La viuda había suspendido su paseo para escuchar: Mauricio apenas distinguía su rostro; pues la noche estaba ya bastante adelantada; pero algunos rayos de luna, filtrando por la verdura, lanzaban acá y allá bandas blancas sobre la arena del paseo y alumbraban á medias un banco de piedra arrimado al plantío de los corpiños.

Sentóse Mme. de La Pave sobre este banco, y entonces vió Mauricio que la viuda había palidido; parecióle hasta que vacilaba antes de sentarse. Después la viuda bajó la cabeza, apoyándola contra sus manos, y se oyó que lloraba.

— ¿Desearís que me retire? — preguntó Mauricio.

La joven sacudió la cabeza para decirle que no lo deseaba.

Permaneció, pues, de pie é inmóvil á cierta distancia, escuchando el ruido de sus sollozos.

En fin, cuando la viuda pudo hablar, llamó á Mauricio dulcemente:

— ¿Señor de Frenouse?

Éste se aproximó indeciso.

La joven adelantó entonces la mano.

— Perdon — dijo.

Mauricio apretó débilmente la mano que la viuda le tendía.

Ésta se levantó.

— ¿Queréis tener la bondad — dijo — de darme el brazo? No me siento bien.

Tomó el brazo, y ambos se encaminaron hácia el castillo, cuyos balcones se habían alumbrado. En el momento en que pasaban por delante de la fuente situada en medio del paseo principal, y en la cual arrojaba un chorro de agua viva una cabeza de Górgona, la viuda se inclinó, mojó un pañuelo en ese agua, y se bañó el rostro y los ojos.

— No quisiera — dijo — que conociesen que he llorado.

Tomóle el brazo y se puso en marcha, pero más lentamente, como quien se pesa.

— No sé, verdaderamente — dijo la joven — por qué he llorado..... pues hacía mucho tiempo que yo no había sido tan dichosa.

— ¿Dichosa? — preguntó Mauricio suspendido.

— Sí, dichosa; muy dichosa de poder desde ahora creer en alguien, confiarle de alguien, contar con un afecto sincero, absolutamente puro y sin mezcla

de todo interés sospechoso, de poder apoyarme, en fin, con entera confianza sobre el brazo de un amigo; pues vos sois un amigo, ¿no es verdad?

En medio de estos antiguos jardines y de esta hermosa noche, en medio de la luz plateada que caía del cielo sobre la blancura de los mármoles, sobre los parterres floridos y olorosos, estas dulces palabras parecían más dulces todavía, y aquella voz más mágica.

Mauricio sentía al mismo tiempo contra su corazón el contacto ardiente de la elegante joven. La veía muy conmovida, y esta emoción le impresionaba y le llenaba de turbación.

Mauricio no pudo más que murmurar un acento trivial de agradecimiento.

La viuda le contestó con una ligera presión, y continuó su marcha en silencio; cuando llegó al pie de las anchas gradas que daban subida al primer descenso del castillo, se detuvo como si vacilara; después, saltándose bruscamente del brazo de Mauricio.

— Entremos — dijo.

El comandante la siguió hasta el salón, que aparecía abierto de par en par, dando vista á los jardines. Encontraron allí á Mme. de Combalet, á Mme. de Frenouse y al cura, los tres muy interesados y muy caballosos al considerar la larga entrevista de los jóvenes á cielo raso. Se comprende que esperarían vanamente la explicación. Los diálogos se sostuvieron con algun trabajo, durante algunos minutos; luego madame de Frenouse, impaciente por el deseo de interrogar á su hijo, pretextó que le dolía la cabeza, y los dos se despidieron.

En el momento de retirarse, Mme. de La Pave, después de haber lanzado práticamente á su tía una mirada poco benevola, dijo con viveza á Mauricio:

— ¿Cuándo me haréis el obsequio de montar á caballo conmigo?

— Cuando queráis.

— Pues bien; mañana por la mañana, á las diez.

Mauricio saltó y partió.

Cuando estuvieron á alguna distancia del castillo, previendo Mauricio las preguntas de su madre,

— ¡Pobre madre mía — le dijo — os voy á desespearar: ya he desempeñado mi comisión!

Y le refirió cómo las sospechas ofensivas manifestadas por Mme. de La Pave le habían provocado á explicarse sin tardanza. Le dijo, además, de qué manera había sido acogida por la joven viuda su comunicación confidencial.

— Por lo demás, ya veis, madre mía, que el resultado final de mi triste embajada ha desvanecido todos vuestros temores, y que especialmente madame de La Pave no ha odiado al embajador como vos lo habéis profetizado.

— Amigo mío — dijo alegremente la anciana señora — yo había olvidado que, cuando se quiere juzgar en cuáles serán en ésta ó en otra ocasión los sentimientos de una mujer, es menester comenzar por consultar al diablo.

El joven comandante hizo semblante de no escuchar el arranque escapado á su madre, y continuó su camino, sumergido en un silencioso desvarío.

## VI.

Grande fué la sorpresa y el espanto de la Condesa de Fremeuse cuando vió entrar al día siguiente, á las siete de la mañana, á su hijo en su dormitorio con el rostro pálido y fatigado, como un hombre que acaba de sufrir una noche de insomnio; la madre lanzó un grito:

— ¡Dios mío, qué pasa!

— Nada, madre mía — repuso Mauricio; — ¡ni la sombra de una desgracia!...

Se acercó al lecho y la besó.

— Os voy á dar un pequeño disgusto solamente.... Me mandan llamar desde mi regimiento, y me veo obligado á partir esta misma mañana para Rennes.

— ¿Esta misma mañana? ¡Cómo! ¡Tu licencia no termina hasta dentro de cuatro semanas!.... ¿Has recibido algún despacho?.... ¡No! yo lo subré.... Mauricio, tú me engañas.... ¡tú mientes!

— ¡Pues bien! sí — replicó el joven sonriendo; — yo mento.... quisiera al menos.... pero, decididamente, no sé.... Voy á deciros, querida mamá, la verdadera causa de esta brusca partida, y veréis que no tiene nada que pueda alarmaros y nada que no debáis aprobar.

Sentóse al lado de la cama de su madre, y tendiéndole afectuosamente una mano en las suyas,

— Mi querida madre — dijo — hay impresiones, vos lo sabéis, ligeros y superficiales al principio, que ganan en profundidad y en intensidad á medida que se reflexiona y que se tiene conciencia de ellas. Eso es lo que me ha sucedido esta noche á propósito de mi escena de ayer tarde con nuestra vecina madame de La Pave. Esta escena fué talmente breve y rápida, que no he conocido su alcance sino á fuerza de meditar después; entonces he comprendido su importancia y todas sus consecuencias.... He pasado una noche febril pensando en esto.... y estas consecuencias han concluido por parecerme tan delicadas, tan graves, tan peligrosas.... que he resuelto evitarlas valerosamente por medio de la fuga.... ¿Me comprendéis bastante, madre mía, ó es menester que yo pase por la vergüenza de explicarme más?

— ¡Cómo! — dijo la señora de Fremeuse — ¿amas á Mariana?

— No amo á Mariana, ni creo que tampoco Mariana me ame, yo lo supongo; pero, en fin, á consecuencia de circunstancias y de complicaciones que sabéis.... y habiéndose mezclado en ellas el diablo, como vos misma me lo habéis insinuado.... pues os esenché muy bien ayer tarde, mi buena mamá.... ha pasado entre M<sup>me</sup>. de La Pave y mi humilde persona una de esas escenas de una intimidad extraordinaria que dejan los nervios alterados y los corazones entristecidos.... Volvernos á ver ahora casi todos los días, durante semanas enteras, entregados á una amistad estrecha, con el recuerdo todavía vibrante de aquella noche de confidencias, de lágrimas, de reconveniones, de perdones, esto acaso no sería peligroso para M<sup>me</sup>. de La Pave; pero yo no sé, es lo confieso francamente, si sería peligroso para mí.... Ahora bien, éste es un asunto en el cual se ponen en

juego mi reposo y mi honor.... no tengo ganas de arriesgar ni lo uno ni lo otro, y ésta es la razón por la cual quiero ausentarme.

— ¡Cómo! pobre hijo mío — dijo la señora de Fremeuse —; qué limitada es la solidez de tu corazón! ¡Un soldado! ¡un artillero!

— Mi querida madre — repuso Mauricio — aunque soy soldado y artillero, cuando me pasee por la noche á la claridad de la luna con una mujer bonita, que lleve y me aprieta la mano.... no soy más que una débil criatura de arcilla.

— Vamos — dijo la vieja Condesa lanzando un suspiro — tengo un hijo que es un perfecto hombre de bien.... ¡esto es un consuelo!.... ¿Qué quieres que te diga?.... ¡Adios, hijo mío!.... ¿Y á dónde vas?

— Mi regimiento está en Rennes, y allí me voy. Pienso tomar el tren del mediodía en Alençon.

— ¿Pero olvidas que debías montar á caballo con M<sup>me</sup>. de La Pave hoy por la mañana?

— Ya le he escrito.

Una hora después, el comandante de Fremeuse subía en la pequeña carretola de su madre, y se ponía en camino para Alençon.

Casi al mismo tiempo M<sup>me</sup>. de La Pave recibió la siguiente carta:

« Señora y querida vecina:

« Una órden súbita me llama á mi regimiento. Tengo un verdadero sentimiento de partir sin volveros á ver. Dejadme esperar que recibiréis vos misma con un poco de pesar la despedida de aquel que habéis querido llamar vuestro amigo. Usad que él, por su parte, se esforzará en merecer este título con su más respetuosa, más profunda y fiel devoción.

» Mauricio del Pas-Decant de Fremeuse. »

Madame de La Pave, después de haberse enterado del contenido de esta carta, cerró sus hermosos ojos y pensó un momento. Era, por lo general, muy difícil leer sus impresiones sobre su frente pura y pálida. Su tía, á la cual dió brevemente parte de la novedad, observó únicamente que su sobrina estaba muy silenciosa durante el desayuno y que no tenía apetito. Este mismo día subió al coche y se encaminó al Priorato.

Mauricio había exigido de su madre que no le desmentiría, que explicaría su partida á madame de La Pave como él la había explicado y que se guardase ante todo de contribuir á que sospechase la causa verdadera de su ausencia. Madame de Fremeuse sostuvo su promesa; pero como una persona que se desbarataba con las ganas de faltar á ella. Contestando á las preguntas concisas de la señora de La Pave, afirmó que su hijo había sido, en efecto, llamado á su cuerpo por medio de un despacho; pero se trasladaron suspiros, reticencias, frases embarazosas, palabras misteriosas que contradecían la versión oficial. Las mujeres se entienden perfectamente, y la joven viuda sacó de este lenguaje mudo deducciones que la llevaron bastante cerca de la verdad.

De vuelta á su casa después del paseo, escribió nuevamente tres cartas contestando al billete de Mauricio: la primera irónica é impertinente; la segunda amistosa y cándida, y la tercera indiferente y

glacial. Luégo arrojó al fuego las tres, y se decidió á no responder nada.

Habría sido imposible á la misma señora de La Pave darse cuenta exacta y bien definida de los diversos sentimientos, y algunas veces contradictorios, que hacia experimentar la partida imprevista del comandante de Fremeuse. Podía ser el despecho, la

cólera, el desden; podia ser tambien el pesar, la estimacion y hasta la admiracion. Lo que la importunaba más que nada era no poder confiar á nadie, sobre todo á él, los movimientos que la agitaban de verse precisada á esconder sus emociones tumultuosas, y no poder expresar á este hombre singular, con el desprecio que sentia por su debilidad, era el entu-



Y acercándose á una fuente que en aquel sitio habia mojado su pañuelo.....

susmo que le inspiraba su delicadeza caballeresca. Y después la asaltaban dudas sobre el motivo real de la partida. ¿Había la joven viuda interpretado bien las frases misteriosas de Mme. de Fremeuse? ¿El comandante no pudo haberse ausentado verdaderamente, como él lo decía, para obedecer una orden del servicio? Pero en este caso, sin duda, después de lo que había pasado entre los dos, pudo también, des-

pués de haber enviado un lacónico billete por la mañana, recibir luégo una carta más explícita.

Esta carta, esperada con impaciencia todos los días, no llegó. Mme. de La Pave habia aprendido á conocer á M. de Fremeuse; su cumplida cortesía, su tacto y su buen gusto, para no deducir de su silencio que habia tomado el partido de romper con ella todo género de relaciones.

Desde fines del mes de Agosto, la viuda dejó el castillo de La Pave y regresó á su hotel de París, donde permaneció todo el invierno, y donde vivió bastante retirada, como su luto lo exigía. Pero el día 10 de Diciembre, fecha del aniversario de la muerte de su marido, sabió un poco de su soledad, dulcificó ligeramente la severidad de su tocador, y

acudió á algunos saraos de confianza y al teatro.

Iba casi siempre acompañada, en estas diferentes ocasiones, por su tía de Combaleu y, lo que era más de extrañar, por Gerardo de Combaleu, cuyos gustos y costumbres parecía que se regularizaban cada vez más bajo la dichosa influencia de su bella prima. Comenzaron á circular algunos rumores entre las gen-



Una hora despues el comandante Fremeuse subia en la carretela de su madre.

tes, respecto á sus asiduidades con su prima. Estos rumores llegaron hasta los oídos de Mme. de Fremeuse, quien desde lo más retirado de su posesion campestre sostenia con sus amigas de París una correspondencia muy activa. Creyó de su deber transmitir las á su hijo con la mayor reserva. Mauricio, sin apartarse del respeto, respondió bastante secamente á su madre sobre este asunto, suponiendo que la

pretendida nueva era una ridicula invencion de vecindad.

Sin embargo, en los primeros días de Abril la señora de La Pave volvió á instalarse en el campo, llevando consigo á su tía y á su primo Gerardo. Desde este momento sintomas irrecusables confirmaron de día en día los rumores que habian precedido á la señora de La Pave en el país. La prolongada resi-

dencia de Gerardo en el castillo, sus atenciones galantes, los ramos de flores, los regalos que venían de París todas las mañanas, los paseos á caballo, todo anunciaba claramente que el jóven era admitido y que tenía derecho á hacer la corte á su prima. En fin, llegó un día—esto fué á principios de Mayo—en que Mme. de Combaleu, más emperejilada que de costumbre, se presentó en casa de Mme. de Fremense, y le habló en los términos siguientes:

—Querida señora; yo conocía todo vuestro cariño hacía mí y los míos, y he querido que fueseis sabedora la primera del dichoso acontecimiento que va á verificarse en mi familia.... Mi hijo se casa con mi querida sobrina Mariana.

Madame de Fremense dejó escapar un pequeño grito de alegría.

—¡Ah! —exclamó— permitidme que os besu, querida amiga.... ¡No podiais haberme dicho nada que me hubiera sido más agradable!

Y se abrazaron y se besaron con todo el placer que puede el lector imaginarse.

—Nadie mejor que vos, querida amiga—prosiguió madame de Combaleu— puede comprender mi satisfacción; porque vos tambien tenéis un hijo.... al que seguramente querréis casar.... y no ignoráis lo dificultosa que es esta tarea, y cuánto debe felicitarse á la persona que haya triunfado en una empresa de este linaje.

—Querida—respondió madame de Fremense—no me habléis de eso.... Yo tengo la desgracia de tener por hijo un hombre tan delicado, que jamas consentiría tener una fortuna que procediese de su mujer.... Esto ha contribuido á que haya desafiado excelentes proporciones.

—Nadie es perfecto, querida amiga—dijo madame de Combaleu.—Teneis por hijo un fénix.... eso es una felicidad.... Pero tambien sabéis que el fénix es un ave que nunca se casa.... Os saludo, querida.... voy ahora mismo á casa del cura.... però he querido empezar por vos.

Madame de Fremense dió por segunda vez gracias expresivas por la bondad que la había dispensado, y se separaron como las mejores amigas del mundo.

Madame de Fremense envió este mismo día á su hijo la nueva, ya oficial, del próximo casamiento de madame de La Pave con su primo, pero con cierta malignidad triunfante. El lector habrá tambien comprendido que la madre de Mauricio, por una de estas contradicciones muy naturales que despiertan en el corazón las luchas de la razon y de la pasion, no podía dispensarse de aprobar y de vituperar á un mismo tiempo la conducta de su hijo. Apreciaba sus principios de honor y de delicadeza, y de ello se manifestaba orgullosa; pero á la vez sucotraba en esto mismo un poco de exageración, y se irritaba secretamente contra estos mismos principios que contrariaban sus ambiciones maternales. Bajo el peso del desengaño definitivo que acababa de experimentar, dejó correr un poco la brida á su mal humor:

«—Ya ves, querido hijo—escribía á Mauricio—cómo tu antiguo idolo se ha burlado perfectamente de tí con sus explosiones de grandes sentimientos....

No quiero decir con esto que tu delicadeza haya sido una tontería; pero no puedo perdonarme, sin embargo, que tu nobleza haya tenido por resultado el triunfo del horrible Combaleu y el casamiento indigno de Mariana; en lugar de casarse con un hombre de mérito y honrado, va á casarse con un tronera de mala especie, que la degradará y la arruinará.... Francamente, no veo que la sombra de Roberto haya ganado mucho con esto.»

No recibiendo respuesta á su carta, madame de Fremense dedujo simplemente que su hijo, un tanto despedido y confuso de ver sus ilusiones engañadas, prefería guardar silencio sobre un asunto tan penoso para él. No supuso un instante que la nueva de este casamiento hubiese podido causarle otro sufrimiento que un leve pesar de amor propio. Había trascendido cerca de un año desde que Mauricio dejó el país; en este intervalo, la madre había pasado algunas semanas en Rennes al lado de su hijo; recibió de Mauricio algunas cartas sin notar en su lenguaje ni en su correspondencia nada que le hiciese creer que conservaba, respecto á la vida de Roberto, otro sentimiento que el de una fria y respetuosa curiosidad.

Diez ó doce dias más tarde, la condesa de Fremense trabajaba en una labor de aguja en su salon, cuando un ruido de caballos en el pavimento del patio la obligó á asomar la cabeza á la ventana, y latió fuertemente su corazón al reconocer á su hijo, seguido de su ordenanza. Comprendió confusamente que esta llegada repentina era la respuesta á su carta, y que semejante resolucion, por parte de su hijo, podía traer graves consecuencias.

Mauricio entró en el mismo instante con la sonrisa en los labios, pero pálido. La Condesa salió al encuentro de su hijo deteniéndole con sus dos manos en el momento en que quiso abrazarla.

—¿Eres tú? —exclamó.—¿Qué vienes á hacer aquí?

—Á descansar, madre mia. Me he sentido mal; estoy fatigado hace algun tiempo.... Mi herida de la cabeza me ha hecho sufrir.... Me han recomendado el reposo, el aire del campo; y como abrevié mi última licencia de un año, he podido fácilmente obtener otra, y aqui me tencis.

—Mauricio—dijo la madre, mirándole siempre á los ojos.—Tú quieres engañarme otra vez.

Mauricio se rió, besó á su madre, aunque ella se resistía, y la hizo sentar á su lado:

—Querida madre—le dijo—os adivino. Creéis que yo he llegado aqui para tumbiar trágicamente las nupcias de nuestra vecina, como en *Lucia de Lammermoor*, y que voy á dividir por la mitad á Edgardo.... ó Gerardo.... ¿Cómo se llama?... Vamos, no me juzguéis tan malo ni tan ridículo.... Yo mentaría, sin embargo—prosiguió Mauricio con una especie de altivez—si yo dijese que este casamiento, un poco prematuro, no ha contribuido á determinar la petición de mi licencia.

(Se continuará.)



LOS TERREMOTOS EN LA PROVINCIA DE GRANADA.



## LOS TERREMOTOS EN LA PROVINCIA DE GRANADA.

Toda España se halla conmovida ante la inmensa desgracia que atige á una gran parte de la bella Andalucía.

Para dar una idea de tan terribles sucesos, publicamos en este número una lámina que representa fielmente varias escenas de los terremotos. Los números 1 y 2 representan dos calles de Albuñuelas. El núm. 4 es una vista de la calle de Enciso, en Albama.

Los núms. 3 y 6 representan dos casas de Albama que merecen especial mención por los sucesos afortunados, en medio de tanta desgracia, que en ellas ocurrieron.

En los tres pisos de la primera habitaban nueve personas, y todas ellas, al sentir el movimiento de trepidación en la noche del 25, se refugiaron en el interior, bajo los quicios de las puertas y recostadas en las paredes maestras.

Con la segunda sacudida la casa se derrumbó, ménos los muros y un poco de pavimento que servía de apoyo á los amedrentados inquilinos, quienes á los pocos instantes lograron bajar á la calle por medio de una escala, salvándose así milagrosamente.

En la segunda casa habia catorce personas celebrando la Pascua de Navidad; desplomóse la casa al tremendo golpe de la primera sacudida, y los ocultos destruyeron todas las salidas, ménos la boca de la chimenea, por la que salieron uno á uno los catorce individuos. Apenas estuvieron en la calle sanos y salvos, se desplomó también la cocina.

## SEPULCRO DE RAIMUNDO BERENGUER

EN LA CATEDRAL DE GERONA.

Entre los varios monumentos dignos de estima que se encuentran en la antigua é histórica ciudad de Gerona, merece particular mención su catedral, elegante obra construida por los años de 1416, bajo la dirección de Guillermo Boffy.

Recorriendo sus extensas naves, bañadas por la claridad tenue y misteriosa que penetra al traves de las onduladas ojivas, el artista, el arqueólogo y el historiador encuentran campo para sentir y estudiar.

Muchas son, en efecto, las cosas notables por su mérito ó su antigüedad que en ella pueden admirarse; pero una de las más curiosas es, sin duda, el sepulcro de Raimundo Berenguer, segundo de su nombre antes los Condes de Barcelona, y al cual hicieron famoso sus hechos y su desastrosa muerte.

Berenguer I., conocido con el sobrenombre del Viejo, instituyó al morir por herederos suyos á los dos hijos que tuvo con su segunda mujer, doña Almodis. Raimundo y Ramon disputaron por largo tiempo entre sí, antes de deslindar definitivamente sus respectivos derechos. Documentos sacados á luz en nuestros días especifican con todos sus detalles las negociaciones, los tratos y contratos, avenencias y rupturas á que dió lugar el asunto.

Por último, ambos hermanos se avinieron á gobernar *pro-indiviso* sus estados, aunque sólo Raimundo usó el título de Condé.

Á pesar de encontrarse acordes en la apariencia, Ramon Berenguer no cesó de hostilizar secretamente á Raimundo, llegando á tal extremo, que la tradición, á despecho de la Historia, atribuyó siempre

á una de sus asechanzas la muerte del infortunado Condé.

La muerte de Raimundo Berenguer, á quien, á causa del extraño color y de la abundancia de sus cabellos, dieron el sobrenombre de *cabeza de estopa*, ocurrió á los cinco años de haber entrado en posesión de la señoría condal.

Engolfado en la persecución de la caza, se dejó de su comitiva internándose por un monte solitario con el azor en el puño. Acometido allí por una gavilla de bandoleros, cayó herido de muerte á los primeros golpes.

La tradición refiere que los asesinos arrastraron el cadáver lejos del teatro del crimen, y le enterraron para hacer desaparecer sus huellas; pero el azor, que al caer herido su dueño, se había escapado volando, fué á colocarse sobre una roca cercana á la sepultura, y desde allí llamó la atención de la comitiva del Condé con sus gritos lastimeros.

Desembuelto el ensangrentado cuerpo de Raimundo, fué conducido á Gerona; la gente llamó á la roca á cuyo pié se había encontrado, *la percha del azor*, nombre que ha conservado hasta el día.

## UNA DISCUSION A BORDO.

(ESTUDIO HISTÓRICO.)

Hállame una tarde (6 de Marzo, si mal no recuerdo, del año 1877) en la cámara de segunda del vapor mercante *Piles*, á media singladura de esos dos gigantes de piedra llamados las Berlingas, en la costa cantábrica, leyendo ineluctablemente en una modesta americana el *Neron*, discretísima novela de San Martín.

La *corredera* había marcado un andar de tres millas por hora, velocidad prodigiosa en un buque de esta especie, y el barómetro y la brújula un tiempo delicioso. Dos veces tuve ocasión de subir al entrepuente; y al ver el bauprés enflado como tiro certero á la deliciosa *Gades* (Cádiz) y la larga estela que dibujaba en el Océano el gallardo buque, comprendí (aunque profano en marinería) que al saludar la nueva aurora podíamos balfarnos en las floridas playas andaluzas, cosa que hacía honor al capitán del vapor.

Mi tertulia la formaba el segundo de á bordo, una jóven francesa, Mlle. Laura Randeau, un venerable é ilustrado comerciante de Barcelona, y el citado capitán. Un velador con café, copas, cigarrillos; una bandeja con frutas secas en dulce; un tablero de ajedrez y una baraja completaban nuestra *buffet*.

— Conque, señores — objetó el simpático capitán — puesto que ya no se bebe ni se come, elijan ustedes ahora el medio de no aburrirnos hasta la hora de dormir. Aquí hay *champagne* para los bebedores, ricas *conchitas* de la Vuelta Abajo para los fumadores, *tresillo* para los viciados y ajedrez para los entendidos. Yo, por mí, digo lo de un paisano que lallaba en un casino, tenía un puro en la boca y una copa de ron á su izquierda, y añadió con desenfado: «¡ Bendita sea mi suerte, que no me ha dado más viejo que el de las mujeres! »



SEPULCRO DE RAIMUNDO BERENQUER EN LA CATEDRAL DE GERONA.

Una ruidosa careajada respondió á tan natural franqueza.

— Esta es la verdad — prosiguió. — ¿A qué venir con *seculae sumavibus* ni preñados de mojigata?... La quilla de mi vapor corta rápida como una saeta las *ballenas* (olas) portuguesas y se pabonea tranquilo el barco en medio de estos pasos peligrosos como un gran patinador en el Sena ó el Loira, cuando están heladas. Conque, pongan el programa de la noche, que yo á todo *incido y quiero*.

— Por mi parte — replicó el anciano comerciante echándose una copa de ron al colete, ó mejor dicho, en la boca, porque no sé yo si en tiempo de Felipe IV nuestros antepasados de los heroicos tercios de Flandes se echaban los tragos en el jubon de ante; éstos son *madrimos de aplaudidos* autores, que respeto — prefiero beber.

— Y yo, como *monsieur Paco* — replicó la francesa en un castellano que horrorizaría á Cervantes — opto por leer tambien.

— Y yo *sonar* hasta que me llegue mi cuarto — expuso el segundo, reposando su rubia cabellera sobre un cojín de gutapercha.

— Corriente, á todo me allano — replicó el capitán, cargando hasta la boca una enorme pipa turca — Voy á encender *mi genevata*, y me voy arriba al lado de Mojara, el contramaestre, que, como siempre, estará cantando *peteneras ó malagueñas*. Esto me distraerá.

— No se vaya V. — le dije.

— ¡Voto á una andanada! ¿Y qué hago yo aquí? ¡Aburrimiento de lo lindo! En la cámara de primera viene una familia inglesa y cinco puertorriqueños que me son antipáticos, y VV., que desde el momento que entraron en mi buque me han honrado con su confianza, parece que esta noche están tocados de un *espleen fatal*. Usted, particularmente, don Francisco, que es locuaz y decididor como ninguno, desde que cogió esa novela, se ha encerrado en un mutismo horrible.

— ¡Ah! Es que tiene su razon de ser, amigo mío. Además de lo atrevido de su pensamiento, y de lo correctamente escrita, reúne para mí el halago de que es original de un amigo mío, á quien aprecio mucho.

— ¿Qué obra es? — preguntó el comerciante.

— El *Neron*.

— Magnífica debe ser, si está bien desarrollada.

— Lo está.

— Su índole no me gusta — replicó el segundo. — Un emperador cruel; una madre impia y ramera; una corte corrompida; servidores verdugos; cortesanas inmorales; fuego, ruinas, escambros, y sobre todo, el cadáver de esa madre desonda ante su hijo, que con cinico sarcasmo exclama: «¡No creía tan bella á mi madre!» Todo esto es repulsivo, inverosímil, inhumano; y con perdon de VV. si yo cogiera aquí al que tales cosas ha escrito, le colgaba de una pútrica desonda como á Agripina, y le haría dar cada dos horas media docena de *rebencazos* por el limón, que tiene buenos puños, para que en otra ocasión no se le ocurriera escribir tales majaderías.

— Calla, *bagaje* — replicó el capitán. — Para hacer tal justicia habría que quemar ántes la historia romana, destruir el sentido comun y matar el instinto del hombre. Yo por mi parte la pondría á ese autor una cruz. ¿Cómo se moralizan los pueblos? Haciéndoles ver la enormidad de sus delitos. ¿Vino se hacen corazones honrados? ¿cómo y por qué se les distingue? Mostrándoles el espejo de su fealdad y contrastando el oro purísimo de ley con el hierro muhoso. La perla de Bassora y el brillante ¿tendrán valor en el mundo si no existiera el guijarro y el cristal? ¿Podrías nunca admirar la potencia de nuestro barco, lo apuesto de su velamen, la solidez de sus amarras y cámaras, si no existieran *misiles y goletas* del tiempo del rey que rubió que cruzan estas costas con la pesadez de una carreta?... Pues como mismo sucede con las novelas. Mal puede un literato reformar las virtudes cívicas y morales de un pueblo si no les pone el ejemplo de otro, perverso y corrompido por temperamento y por instinto.

— ¡Alto! — replicó el venerable comerciante. — Entendámonos, capitán. ¿En qué creencia está V., que Neron fué malo por instinto, por política ó por educación moral?

— Por instinto, amigo mío.

— Error craso, capitán.

— Ea, ya tenemos discusion — objeté yo. — ¡Qué ajeno estará San Martín, metidito á estas horas en su modesto estudio de la calle de la Montera, que á las siete de la noche, y dando frente á la embocadura de Lisboa, se comenta su obra! *Avante*, señores, que yo tambien daré mi *remada*.

— Moi tambien leer á París los *comentarios* de de Walenseau al *Negron* de Joubert, y gustarle... ¿l' *comen* *appelle* un *Ispania* eso?

— La conversacion... discusion.

— ¡U! ¡le discusion!

— Empezó por exponerle, mi querido capitán, y espera probárselo, que Neron es una figura bellísima, un héroe no vulgar, y hasta, si se quiere, un hombre virtuoso.

— Ave-Maria Purísima — replicó el segundo santiguándose. — ¿Está V. loco?

— Estoy muy cuerdo — añadió el comerciante apurando una copa.

— Veamos.

— Ante todo, les explica que no consideren nadales psicológicamente á ese César sin tener en cuenta los tiempos del paganismo en que florece; la corte corrompida que le rodeaba; una madre inhumana, cinica y depravada, acaba por brindar su hermosura; cortesanas incestuosas y aduladoras, y una Roma, en fin, que hasta el reinado de Lorenzo Guignelli no ha dejado de ser, en igual de lábaro bendito, corte y alcázar de la perversidad. Por algo se dijo: *Roma valutta, fede perdutta*.

— Hasta ahora no veo....

— Ya pondré las tildes á las eses y los puntos á las ies — exclamó el comerciante. — Galba diciendo leyes y Alejandro venciendo en Partalia, no los ve tan heroicos como á Neron pégando fuego á Roma y contemplando el incendio de su corte disoluta



ULTIMOS MOMENTOS DE FERNANDO IV EL EMPLAZADO,  
(CUADRO DE D. JOSÉ CASADO).

desde una torre, con su manceba al lado y tañendo su guzla de nácar y oro. Esto es repulsivo á las leyes de la humanidad, del derecho, de la gloria de una diadema y de los deberes del ciudadano, su pleno siglo XIX; pero hermoso, ideal, justo, positivo, cuando se castiga la desmoralización, la perversidad, el incesto, en el siglo del último César romano. Es un castigo filosófico y merecido; más diré, hasta político. Creedme, los cortesanos y centuriones, ántes que Roma ardiera, hubieran sido vencidos por un ejército de chibucelos armados de rucenas ó escobas, porque tenían infiltrada en su alma la inopia intelectual del vicio. Después del incendio, vedlos transformados en duros guerreros. ¿Por qué? Porque compendieron su degradación. Pues qué, ¿Anibal no hubiera tomado á Roma sin las delicias de Capua? ¿Alejandro tocara con su planta el Bósforo sin la pureza de costumbres que infiltró á sus soldades?

—¿Conque, según eso—objetó yo—V. cree que la perversidad de Neron y sus crímenes fueron providenciales y políticos?

—¿Quién lo duda? Y creo más: creo que á no tener una Agripina por madre y unos consejeros perversos, hubiera dado muchos días de gloria á su patria. Vellido, si no, en los primeros años de su reinado. Se le ve apuesto y valiente, venciendo en todas partes, tañendo su guzla como el mejor trovador, dictando sabias leyes. Guerrero prudente y atrevido; acudo legislador, amante caballero: todas las circunstancias las reunía para ser un perfecto César. Aparte de esto, la relajación de costumbres, de religión y, hasta si se quiere, de ilustración, traen la ruina de los pueblos y de los hombres. Mil ejemplos nos presenta la historia, *me quejano venerable* que cuenta tantos y tantos siglos. Grande es Pelayo en Covadonga, pero no lo hubiera sido nunca sin la perversidad de Wílliza y la lujuria de Rodrigo. Gloriosa es Isabel I: pero ¿á quién se lo debe?... Á la peyñez de su hermano Enrique y de aquella corte de pigmeos, que ella supo, con dulzura, abnegación, sensatez y heroísmo, hacer pignante y potente; y así podría citaros muchos ejemplos, empezando por Carlos II de Austria y concluyendo por el IV de Borbon.

—Pues V. mismo se contradice; si la ilustración no pone una cortapisa al mal, ¿en quién hay que apoyarse?

—Entendámonos: una cosa es la ilustración lógica y que se basa en la ley natural, y otra la ficticia. Por ejemplo: ¿cree V. hoy más feliz á la ilustrada Alemania con su filosofía cuáquera, á la Francia con sus pasadas glorias, y á la sosuda Albion, que lo fué el Perú cuando la conquista de Pizarro?

—¿Ya lo creo!

—Pues también siento llevarle la contraria, zaherir creencias y tocar asuntos religiosos, que siempre he respetado. Voy á exponerle un ejemplo. En la víspera de la batalla de Inkerman, de la guerra de Oriente, se nos presenta el caso finestísimo de cuatro naciones que pasan por ilustradas, particularmente tres: casi á la misma hora celebraban los franceses una misa para que el Dios de los ejércitos les

concediera la victoria, los ingleses leían sus rítos protestantes, los rusos su misa zuwingliana, los turcos imploraban á Mahoma y una legión judía leía el Pentateuco; sólo faltaba que de la India apareciera una legión brahmanita y del Sahara varios creyentes de Ali, para hacerse esta lógica y sensata reflexión: ¿cuál es el Dios verdadero de estos impíos que van á destruirse? Si no hay mas que uno, ¿cómo imploran á cuatro?

—Segun eso—replicó el capitán—¿destruye usted la ley del Crucificado?

—No, señor; la bendigo y la venero como sabia, dulce y protectora de la familia y del progreso. Ella es la ley divina, bella, creadora y que da garantías al prójimo, salud al alma y bienestar á la familia. La creo más positiva, porque destruye las supersticiones y hace héroes y mártires de inercidos.

Un ¡bravo! interrumpió el venerable anciano, mientras yo me fui á mi camarote haciéndome esta reflexión:

—El Neron me ha enseñado la luz por boca de ese anciano, y ha hecho pasar un rato delicioso á cuatro amigos. ¿Que el Omnipotente ilumine el entendimiento de su autor y le preste salud, si careciese de ella, para escribir muchas obras como ésta!

FRANCISCO MACABRO Y GALLARDO.

## ÚLTIMOS MOMENTOS DE FERNANDO IV EL EMPLAZADO.

(CUADRO DEL SEÑOR CASADO.)

No puede darse un asunto más hermoso que el escogido por el Sr. Casado para el cuadro cuya reproducción hoy publicamos.

Efectivamente, este argumento, si podemos decirlo así, se presta á grandes cosas. Aquel rey, á quien se emplaza ante el tribunal de Dios, para dar cuenta de los horrores de la justicia humana; aquellos hermanos Carvajales, que debían presentarse en sus angustiosos sueños al monarca, que pronto debía abandonar la tierra, no pueden por menos de proporcionar al poeta ó al pintor un buen asunto para el cuadro ó para el poema.

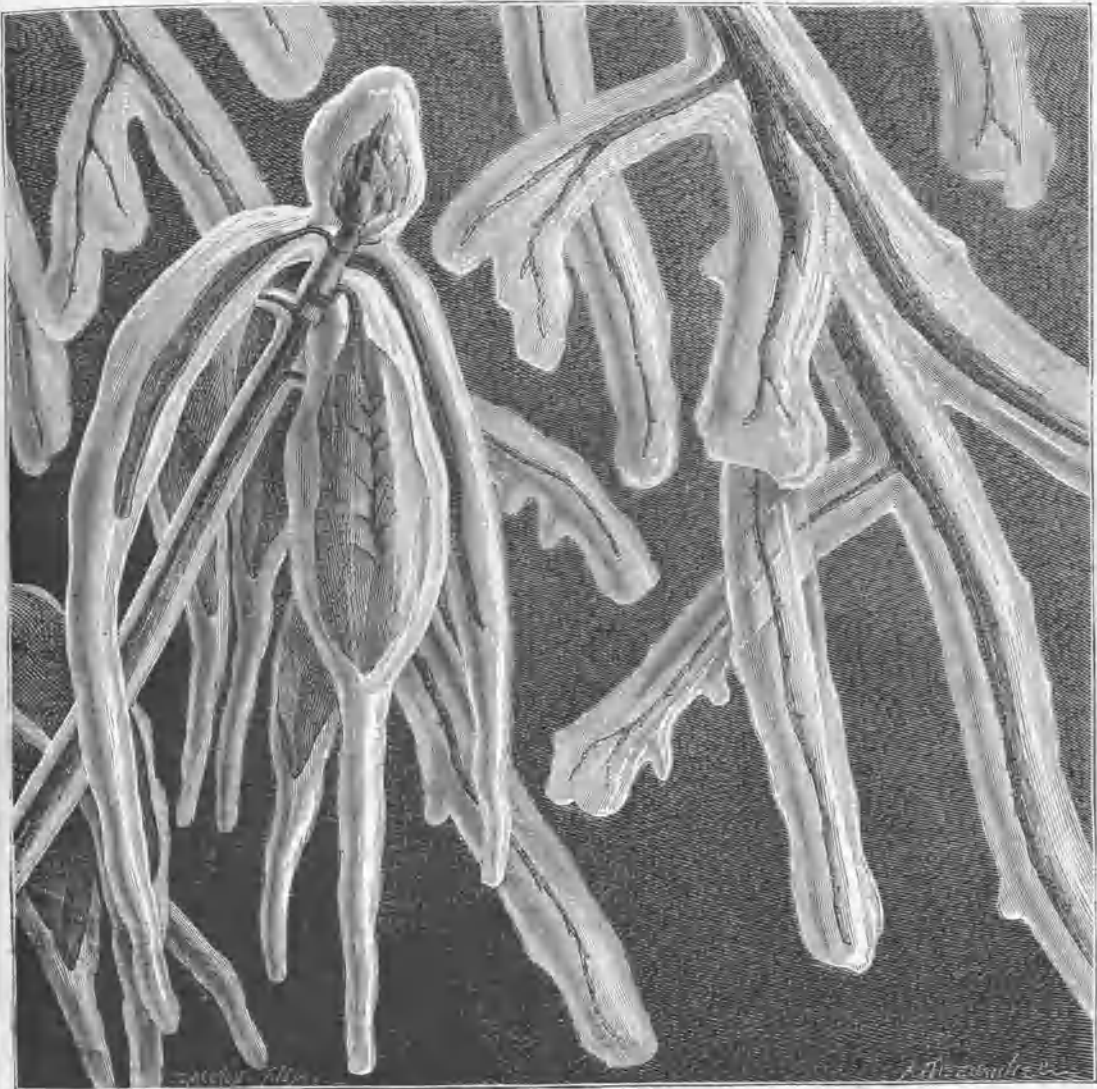
La Edad Media sacó de este asunto una lección y la formuló terriblemente. El emplazamiento de don Fernando es una de las más grandes protestas de la inocencia oprimida contra la ignorante justicia de los hombres.

En el cuadro, la composición es sencilla, y comprende admirablemente el asunto.

## EFFECTOS DE LAS HELADAS.

Como una curiosidad de actualidad, y que creemos será del agrado de nuestros lectores, publicamos en el presente número cuatro grabados que representan diferentes efectos producidos por las heladas, efectos que han sido observados en Fontainebleau (Francia).

## EFECTOS DE LAS HELADAS.



A la izquierda; rama de álamo; peso, cargado de hielo, 360 gramos; fundido el hielo, 13 gramos.—  
A la derecha; rama de álamo blanco; peso, cargado de hielo, 700 gramos; fundido el hielo, 50 gramos.— $\frac{2}{5}$  de tamaño natural.

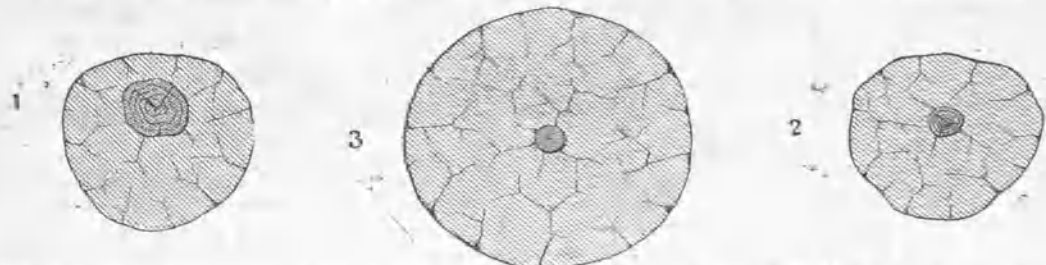
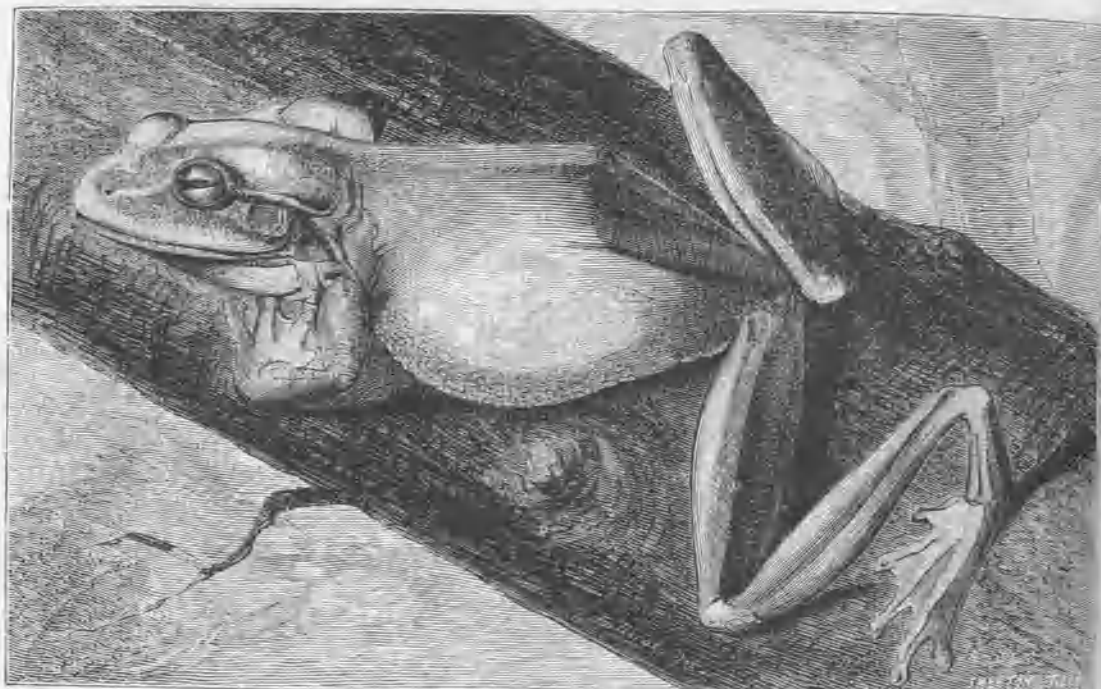


Fig. 1 y 2. Cortes de tamaño natural de pequeñas ramas de álamo rodeadas de sus vainas de hielo.—Fig. 3. Corte en tamaño natural de un hilo telegráfico rodeado de su vaina de hielo.



LA RANA AZUL.

### LA RANA AZUL.

Entre las ranas, propiamente dichas los batracios, cuyos dedos están dilatados en discos, la lengua es entera, el paladar provisto de dientes, una de las más bellas es con seguridad la rana azul.

Sería quizá preferible llamar á este animal la rana de Australia. Lo mismo que en la rana de Europa el color parece variar, en efecto, mucho, según los individuos.

Los primeros animales observados en la Nueva-Gales del Sur eran de un color azul oscuro, estando adornado el borde de la mandíbula de una línea blanca, extendiéndose otra línea del mismo color con el borde negro por debajo desde el ojo hasta la espalda.

Se han cogido luego otros animales, cuyo cuerpo era de un color azul claro; en otros, un color del más bello violeta unía en la parte superior y en los lados de la cabeza, sobre el dorso y la cara superior de los miembros, mientras que el vientre es amarillento y la parte alta de los flancos y la parte baja de los brazos y los piés es de color purpúreo.

La cabeza es corta y gruesa; los miembros, principalmente los posteriores, están muy desarrollados. Encogido sobre sí mismo el animal, tiene 10 centímetros de largo desde el hocico hasta la extremi-

dad del cuerpo, mientras que, estando extendido el miembro posterior, puede tener hasta 20 centímetros de largo, teniendo la pata posterior 12 centímetros por sí sola.

Las costumbres de la rana azul parecen ser las de todas las ranas, esencialmente arbórea, ha de nutrirse de insectos, moscas y pequeñas mariposas, de los que se apodera arrojándose sobre su presa con la boca anchamente abierta, sirviéndose de la lengua para arrastrar la víctima al fondo de su garganta.

La patria de la rana azul es la Australia, Nueva-Guinea y la isla de Timor.

### SUMARIO

GRANADOS.—Terremotos de la provincia de Granada.—Septiembre de Raimundo Berenguer en la catedral de Gerona.—Últimos momentos de Fernando IV *el Emplazado* (cuadro de Casado).—Efectos de las heladas (temple Ribagor).—La rana azul.—Varios dibujos pertenecientes á las novelas.

TEXTO.—Francolina, por Longfellow.—El Archiducado de Euzgo, por Julio Verne.—Aventuras de un pilluelo de París en Desambro por Luis Boussuand.—La Viuda, por Octavio Feuillet.—Los terremotos en la provincia de Granada.—Septiembre de Raimundo Berenguer en la catedral de Gerona.—Una discusión á bordo, por Francisco Mazarro.—Últimos momentos de Fernando IV. *el Emplazado*.—Efectos de las heladas.—La rana verde.

MADRID, 1885.—Est. Tip. «Sucesores de Rivadencira»,  
IMPRESORES DE LA REAL CASA.